

LA DAMA DE LOS PERROS

María Eugenia Leefmans



La dama
de los perros

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en A. Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

María Eugenia
Leefmans

LA
DAMA
DE LOS PERROS



Universidad Autónoma del Estado de México

“2019, Año del 75 Aniversario de la Autonomía ICLA-UAEM”

Cuarta edición, septiembre 2019

La dama de los perros

María Eugenia Leefmans

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Leefmans, María Eugenia (2019). *La dama de los perros*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-633-053-1

Hecho en México

Made in Mexico

Contenido

Presentación	11
¿Cuáles perros?	17
¿Mujer o varona?	21
¿Qué harás con la bastarda?	27
¿Acaso mi gloria?	35
¿Qué haremos?	41
¿Para qué conservar esos trapos?	49
¿Qué desean de mí?	55
¿Qué extrañas de tu tierra?	63
¿Cómo viene?	69
¿Sigues siendo impetuosa?	75
¿Dónde está mi marido?	81
¿Culpable de amar?	89
¿Y cuando se acabe la guerra?	97
¿No tengo buen gusto?	103
¿Dónde está la bella?	109

¿Contra quién guerreamos?	117
¿Por qué ese nombre?	127
¿De dónde le vienen los rizos al blanco?	133
¿Harán caso los rectores?	139
¿Quién es esa mademoiselle?	145
¿Ni siquiera para amarnos?	151
¿Se acabó la pasión?	157
¿Me perdonará Dios?	161
¿Quién me lo quiere matar?	167
¿Por la paz o por la guerra?	173
¿Qué más se muere?	179
¿Quién más me vio?	185
¿Qué más se puede esperar?	191
¿Fue niño como nosotros?	195
¿Cuándo regresa el viejito?	203
¿Cuál dulzura?	209
¿Quién toca la puerta?	215
¿Hacia dónde voy?	221

*A María Antonieta, María Catalina y María Manuela
Poesía convertida en sueño americano.*

PRESENTACIÓN

La personalidad autónoma de Manuela Sáenz, llamada por Bolívar la Libertadora del Libertador, ha inspirado a novelistas, historiadores, dramaturgos y cineastas, pero igual ha sido tema de óperas y series de televisión.

Dos siglos después aún deslumbra la intensidad de su biografía como destacada insurgente, precursora de los derechos de la mujer, amante iconoclasta, activista e influyente pensadora en diálogo con patriotas de diversas latitudes como el italiano Giuseppe Garibaldi.

Su figura rebelde ha sobrevivido a los tiempos al consolidar un sólido referente de identidad en Latinoamérica y a la vez encarnar el carácter de la mujer en el continente.

María Eugenia Leefmans, con pasión y dominio de las herramientas del género histórico, afronta con éxito uno de los desafíos más interesantes de su trayectoria literaria y con *La dama de los perros* obtiene el Premio de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, auspiciado por nuestra Máxima Casa de Estudios.

A partir de la evocación de las mascotas de Manuela, la autora aborda un período épico que sería clave para impulsar el proyecto bolivariano y cuya escritura hoy nos aporta

elementos para ampliar nuestra comprensión del proceso histórico de los venezolanos.

Al reeditar esta valiosa obra, que en su momento inauguró la colección del Premio Altamirano de narrativa, la Universidad Autónoma del Estado de México reitera su proyecto editorial al servicio de nuestra comunidad académica y de la sociedad al ofrecer una novela que contribuye a difundir y fortalecer nuestra identidad latinoamericana.

“Patria, Ciencia y Trabajo”

DR. EN ED. ALFREDO BARRERA BACA

Rector

*Así, tal vez desnuda, paseas con el viento
que sigue siendo ahora tu tempestuoso amante.*

*Así existes ahora como entonces: materia,
verdad, vida imposible de traducir a muerte.*

La insepulta

PABLO NERUDA

ESTAS ROCAS QUE REFRESCAN las olas son el espejo de años que el tiempo volvió instante y lustros que se convirtieron en momentos. Aquí vengo después de recoger los peces que escaparon de las redes, arrastrando mis pasos, seguidos por la fiel escolta de un Páez, un Santander y un La Mar. Ellos son mi compañía y escuchan entre el oleaje una vida que se derrama.

El sol calienta mis huesos, los recuerdos nutren el día y cuando llega la noche el cansancio hace el resto. Mi memoria atraviesa el ayer y va antes y después de los momentos en que amé y los instantes en que fui amada.

La arena es mi herencia, la inmortalidad; lo que me dejaron años al lado de un hombre pequeño de gloria grande, con ella puedo hacer lo que quiera, la piso, resguardo, esculpo, construyo, la observo; pueden herirla y sana sola, tomar parte de ella y no se nota; allí está, no se acaba, es toda mía y sin embargo, no le da abrigo, ni sustento, ni razón al sufrimiento de la mujer que encarno.

A Páez le gusta dormir a mi lado, no le importa que, a medianoche, yo me siente en la mecedora y a la luz de la luna fume un cigarro, de los enviados para mi ventorrillo desde la ciudad. Los compran en el vecindario. Me creen bruja y, con mucho respeto, piden que les lea la ceniza, desean averiguar el futuro; siempre temiendo que también sepa sus pecados.

Aprendí a fumar tabaco para adivinar la suerte y después lo hice con el fin de espantar moscos, mientras mi General dormía la siesta. Fumaba hojas que traían desde Angostura,

de las mismas plantas que Walter Raleigh llevó a sembrar a Virginia para disfrute de su reina.

Los soldados, después de secarlas al sol, elaboraban los puros para el consumo del Ejército Libertador, y el gusto se convirtió en necesidad. Con detenimiento, después de aspirar, analizaba las formas caprichosas que aparecen en la ceniza, escuchando atenta lo que las chispas murmuraban en mi oído. Cuando él despertaba me conseguía algo borracha por el humo. El enojo ante el olor desagradable, al sonreírle, se disipaba. Le aseguré triunfos y vaticinaba derrotas, olí traiciones y descubría senderos seguros.

La imaginación fue mi gran compañera, como siempre cautivadora de chicos y adultos, pero al más grande de América lo amarró a mi lado. Aún ahora, que sólo soy una vieja, a la que los niños, burlándose le tiran piedras al pasar, cuando crecen vienen a mí, tocan el portón de madera apolillada que vigila Santander y solicitan que les fume un tabaco para saber el porvenir. La ceniza les habla y mis labios sonrientes muestran las encías, que entonces ellos ya no ven desdentadas. El aroma nos envuelve, las ilusiones se transforman en anhelos y al compartir esos sueños rejuvenezco.

Sueños navegantes que flotan en el tiempo, emergen del pasado, nadan de un lado a otro y despiertan con los ladridos de mis perros enojados con su suerte. Mientras yo, en la ceniza, veo esperanzas que regalo a los jóvenes que un día me apedrearon. Un horizonte por alcanzar y una mujer recreando al amante en busca de respuestas... cavilando razones.

¿CUÁLES PERROS?

CADA AMANECER tomo entre las palmas de mis manos un cigarro puro, lo aflojo y lo paso por la nariz, aspiro el aroma y se impregna mi ser del espíritu del indio valiente, del que se rebeló ante el blanco, quien como sierpe de mil cabezas se arrastraba en este suelo para nutrir ambiciones. Poseyó a sus mujeres y la india sintió placer escondiendo su rostro sobre el pecho hirsuto del dios barbado. Su descendencia se alimentó con la fuerza dulce del maíz y aprendió a beber el jugo agrio de los cítricos. Al crecer, un día reclamó su tierra. Siguió cultivando el tabaco y el negro cirineo le enseñó ritos y le prestó a sus protectores. Esa mezcla está en mi sangre y se alborota con el humo y el sopor que me invade al fumar todas las mañanas, en un ritual para dar la bienvenida al sol.

Un viejo adorable, Simón Rodríguez, me visita cuando viene a Paita, vive en Amotape, compartimos en nuestra paz solariega la añoranza de otros tiempos, extrañamos la presencia del torbellino que fue su discípulo, mi amante, el único. Su presencia es un tónico, él escucha; aunque a veces se duerme. A su lado desvisto mi alma, confieso lo que alguna vez escondí y revivo épocas pasadas con la seguridad de que comprende estos sentires y le duelen mis pesares.

Todo un caballero, andariego, viajó muchas leguas antes de quedarse a esperar la muerte en esta tierra. Cuando habla no puedo dejar de prestarle atención, es un sabio. Fiel a su pupilo se preocupa por mi existir y da vida a los recuerdos. Se ríe de mis perros y de sus nombres, los que considera un poco atrevidos, aunque muy apropiados.

—¡Ah carajera!, don Simón —le contesté cuando me llamó la atención acerca de cómo bauticé a mis compañeros.

—Hay algo de razón, los animales se comportan mejor que los humanos, si pecan tienen excusa —dijo en esa ocasión—, porque Dios no les concedió alma. Pero hombres que actúen como desalmados preferible haber nacido perros.

Uno llamado Páez, quien con una mordida destruyó el sueño y el batallar de muchos, la Gran Colombia, separando a Venezuela antes de la muerte de mi General. Ésa fue una de las tristezas que minaron sus ganas de vivir. Otro se llama La Mar; ladró, ladró mucho y con sus reparos hizo daño; mas a mi edad, con este cansancio acumulado, ya no vale la pena recordar por qué. El otro es Santander, quien, como Luzbel, se sintió más grande que Bolívar y en aquella guerra sólo había espacio para un Libertador.

Continué explicando mientras contaba con los dedos. Después señalé a los canes uniendo el meñique con el pulgar de mi mano y lo hice temblar al oírme:

—Los maldije a los tres, los convertí en perros como el cancerbero; pero ahora soy yo quien los vigila y los mantiene quietos a un lado, antes de abrirles las puertas del infierno.

¿MUJER
O VARONA?

ENTRE LOS RECUERDOS que el humo del tabaco trae de mi esposo está una Biblia. Yo conocía algo de lo que dice a través de la Historia Sagrada, la lectura del evangelio y su explicación cuando asistía a misa. Thorne, hombre alto, de modales finos y mirada inexpresiva, era católico por conveniencia, leía las Sagradas Escrituras como lo hacían los de otras religiones en su tierra. El libro había pertenecido a su familia y lo trajo con él al continente, en sus páginas me enseñó las primeras palabras en inglés.

Desde el principio lo interrogaba y pedía su interpretación al traducirla. Cuando leímos el Génesis me detuve en los versículos correspondientes a la creación del ser humano: “hecho a imagen y semejanza de Dios: varón y mujer los creó, y los bendijo”. Más adelante decía: “Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, le quitó una costilla y de ella formó una mujer, la condujo ante él y éste dijo: ‘será llamada varona, porque del varón ha sido tomada’”.

—¿Qué soy yo, mujer o varona? —le pregunté a Thorne, con actitud provocativa, cuando quedamos solos después del desposorio.

—A woman, a real woman —respondió afirmando y tomó entre sus manos mis bucles.

Esperaba nuevamente las caricias de un húsar sobre mi pecho y el retozo de mi cuerpo convertido en cántico con el judío. Ver las estrellas y sentirme cerca de la luna. No obstante, se lanzó sobre mi cuerpo con coraje, posiblemente con deseos de extraer de mi juventud fuerza y generar hombría en su ser

flemático y maltratado por los años de soledad y trabajo en el exilio. Al verme sin ropa tomó una sábana con furia y me cubrió con ella. Se fue a otra recámara. En aquel momento supe que el inglés no apreciaba a la mujer bendita con la que se había casado, creada por Dios para dominar con el hombre sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se movían en la tierra.

Todavía conservo esta Biblia, la envolví en una pieza de seda que extraje de nuestro almacén y la guardo en un baúl de los arrumbados en el gallinero. Me acompañó en el peregrinar por la Nueva Granada y fuera de ella. Es de lo poco existente de mi fallido matrimonio.

—Eras una niña —interrumpió el anciano en esa ocasión.

—Sí. A quien no se le permitió decidir sobre su vida —respondí y proseguí el relato.

Mi memoria se regocija al regresar a los años en que sentí la pasión de un guerrero a quien el final de una existencia fugaz colocó a mi lado para reposo. Nos encontramos en la vida y el destino cruzó su mirada con la mía, desde un balcón quiteño. Lo admiré y sigo amándole.

—Me gustas indómita —decía cuando las explosiones de mi carácter escorpiano me traicionaban.

—Es parte de mi encanto —contestaba entre risas por el halago.

—Te imagino desnuda, como la famosa lady sajona, al verte montar las yeguas a pelo y correr en contra del viento, con el cabello suelto, ondeando como estandarte y tu rostro retando a un mundo, al cual el amor que nos une doblé —continuó esa vez con gran entusiasmo.

Nuestro lecho, a veces, podía ser la más lujosa cama de madera, vestida de fina lencería, ricamente bordada; otras, una hamaca o chinchorro colgado entre los árboles; muchas,

las laderas del camino y algunas, la arena de playas igual a la que separa mi casa del mar. Allí nacieron batallas, paseé en mis brazos a Junín; con emoción juntos dimos a luz triunfos como Ayacucho, que luego acurruqué en mi regazo; enjugué el sudor de arduas faenas y calmaba su cansancio con el orgullo de ser una compañera. He iluminado noches de desesperación, preguntando como sonámbula ¿dónde estará mi amado?, de estudio, leyendo a su lado a Julio César y de pasión con un brillo especial. No concebí hijos. Lo de parir con dolor no fue para mí; sin embargo, tuve malos partos y hubo entonces congoja, apaciguada con la esperanza de un sueño alentado por mí en la penumbra, el de una América sin realistas, un delirio mutuo: la justicia y un legado común: la unión de la Gran Colombia.

—Manuela, Manuela —repetía mi nombre y en su mirada leía lo que yo era, no hacía falta preguntárselo.

—Amable loca —solía decir al regañarme cuando nos veíamos o en sus escritos.

—La única amada —me llamaba en sus cartas e insisto en recordar esa frase para acariciar mi solitaria vejez.

¿QUÉ HARÁS CON
LA BASTARDA?

DESEABA MANTENER mi matrimonio lejos de la admiración sentida hacia los integrantes del Ejército Libertador. Mientras pude, fui discreta y fingí indiferencia, como lo hice en la comida de unos amigos cafetaleros.

—Ése es un gallo inglés —me decía Thorne al oído. Distrajo mi atención de la pelea de gallos, señalando al jinete uniformado y a la escolta, quienes hacían su entrada por el arco principal, a la hacienda de los Andrade. Enseguida se retiró con otros amigos al corredor para saludar a los recién llegados. Preferí quedarme, ante el asombro de muchos, alentando al giro de cresta fuerte y pronunciada, mientras los demás gritaban a favor del gallo de brillantes plumas rojizas y cola azul. El entusiasmo no me limitó para advertir los ojos pasajeros que me recorrieron de la cabeza a los pies. Con el desenfado de siempre, agité los puños; la desesperación me hacía enredar los dedos en el cabello y despeinar el moño, sujeto con unas peinetas de carey. El gallo giro no oía. ¡Termina! ¡No te rindas! Le ordenaba. Sangraba, se retorció para esquivar las garras y los espolones del contrincante, saltó para luego salirse por debajo de las alas del triunfador y caer rendido.

—¿Qué pasa? —le pregunté con osadía, al oficial uniformado, cuando nuestros ojos se encontraron. Me dirigí rumbo al salón de la casona. Allí los señores comentaban el honor de su compañía. Con detenimiento, miré al visitante. Estaba rodeado de invitados que lo acosaban con preguntas y pareceres. Lo vi pequeño, su estatura parecía la de un

adolescente, de cuerpo delgado aunque bastante ágil. Sus pies eran mínimos, calzados con botas de cuero negro, bien lustrado, hasta las rodillas. Sólo las manos lucían acordes a su grandeza, con dedos largos para apretar con fuerza al saludar y habilidad para que no le temblara el pulso al firmar decretos o resbalar sobre el cuerpo gentil de las mujeres cariñosas. El rostro mostraba envejecimiento prematuro, un tono macilento pregonaba una salud precaria.

De mirar inoportuno, cargado de deseo, dejos de burla y un brillo particular, que al engrandecerlo hacía olvidar la insignificancia de su tamaño. Alcancé a oír parte de una conversación acerca de la guerra y, al hablar, sus ojos iban de dama en dama, como si pasara revista a un ejército. Clavó sus pupilas en mi pecho y examinó con descaro mi figura, le di la espalda para no ver dónde abría heridas mi rechazo.

Pasamos al comedor principal de la casa, con ventanales hacia los cultivos, en esa época del año presumiendo sus granos rojos. Nos sentaron en los sillones de madera oscura tallada y asientos de cuero. Después de la comida, nos invitaron al salón a degustar el café.

—Nuestro anfitrión nos agasaja con excelente bebida —comentó el patriota a todas las damas.

—La que el General está bebiendo es una variedad fuerte, la traemos de la montaña; la suave, la cultivamos en las laderas —dijo el menor de los Andrade.

Las mujeres se le acercaron. Desde la escalera podía observar el caballeresco desparpajo con que las halagaba y las hacía sonrojar. Su modo de sentarse, con las piernas abiertas ante las señoras, estoy segura que les producía malos pensamientos; los que al día siguiente irían a confesar. Me mantuve retirada de ellas, no por no pecar, sino porque no soportaba sus desprecios cuando me sabían lejos de mi marido.

De regreso a casa, recuerdo que éste pidió mi opinión acerca del gran patriota que había asistido a la finca. No pude evitar decirle que lo consideraba insolente y atrevido. Thorne sólo comentó mi falta de amabilidad hacia el Grande de América.

Subí molesta a mis aposentos y allí Jonatán, la diligente esclava, comenzó a desvestirme, escuchaba el relato y le pedí consultara mi contrariedad. Extrajo un tabaco del bolsillo de su blusa. Se fue a encenderlo al fogón de la cocina y regresó aspirando profundamente. Escupía por la ventana hacia el patio, mostrando una sonrisa enmarcada por labios empapados de saliva oscura.

—¡Carajo!, llegó el indio; el que no te desampara —exclamó colocando su mano sobre mi cabeza.

—¿Qué indio, Jonatán, de qué hablas? —pregunté con ansiedad. Nunca se había presentado en la ceniza, alguien así.

—Tu protector mi niña —respondió, cambiando el tono de su voz—. Tú, mi ama, naciste cuando la tierra temblaba y harás sacudir a sus habitantes. Mira las chispas, ¡qué ruido hacen! Todos hablarán mucho de ti. Umm... Esto me gusta. Ya conociste al hombre que siempre amarás —agregó ilusionada por lo que le decía el tabaco.

—Bruja mentirosa —le dije al regañarla un poco asustada.

—Bien sabemos que la ceniza no se equivoca y algún día, cuando se acerque el final, sabrá quién es el indio —sentenció al tirar el cabo del cigarro al suelo.

Me ayudó a abotonar el camisón para dormir y cepilló mi cabello. Odiaba dormir sola y Thorne prefirió habitaciones separadas. Le solicité esa noche a la esclava que durmiera en el cuarto. La fiel Jonatán, la única que me previno en contra de las habladurías de la gente, que me recibía con sonrisas, y las escondían al volver la cara con un gesto de desacuerdo y envidia.

El cansancio y sus palabras no me permitían dormir. Le sugerí fumar otro tabaco, esta vez entre las dos. La ceniza insistía en hablar, en llevarme a recordar entre bocanadas de humo mi origen.

—Casi no recuerdo a mis padres. Tampoco lo deseo. Mi madre a los dieciocho años fue preñada por un vecino aristócrata y su embarazo la llenó de culpas que atormentaron su corazón, sobre todo con los sermones de los clérigos desde el púlpito, al relacionar todos nuestros actos con el terremoto sufrido como castigo en ese año. Tal vez por eso nunca me interesé en procrear un hijo. Nací bastarda, con padres no nombrados a la hora del bautizo, aunque medio Quito, con la mordacidad de su lengua, disfrutaba la historia. Ser de madre nativa y padre español, ambos en conflicto, me hicieron declarar “Mi patria es toda la América, nací en la línea ecuatorial”.

Adquirí, en la gestación, la furia de la tierra que me vio nacer y el enojo de los volcanes cercanos. La voluptuosidad de las faldas del Pichincha y la frialdad del Chimborazo. El sigilo de los bosques y la calidez de las playas. Como la mar, siempre fui atrayente y peligrosa. Como la selva, silvestre e imprevisible. El polvo levantado por casas hundidas e iglesias derrumbadas, me hizo envolver la vida en nubarrones de humo y aprendí a ver a través de las tinieblas y a rebelarme ante ellas. “Odio a mis enemigos y amo a mis amigos”, siempre lo he dicho y así he hecho.

Fui a dar a Panamá con mi progenitor, un desconocido, por escaparme del Convento de Santa Catalina, donde me tenían recluida. Fausto, un húsar realista, apareció un día. Me enamoré y con él me fui una tarde a pasear, por la ciudad que Humboldt consideró la más bella de toda América del Sur. La luna de Quito era igual a la de Lima, a la de Bogotá y a la

de Caracas; esa aseveración me convenció. Al regresar con las monjas, éstas no me permitieron la entrada al internado y para evitar mayores escándalos me enviaron con mi padre, don Simón Sáenz.

—¿Qué harás con la bastarda? —preguntó su mujer molesta por mi presencia.

—Dejarla crecer con toda su hermosura, hasta conseguirle un buen partido —contestó mi padre, sin hacerle mucho caso.

El cantar madrugador de uno de los gallos del corral, me sacó de la modorra de recuerdos. Tapo mi boca al bostezar, la que desea engullir todos aquellos ratos desagradables, de un ayer convertido en ceniza... de la que se lleva el viento.

¿ACASO
MI GLORIA?

ME GUSTA HABLAR con Jonatán, ella escucha sin preguntar y, al asentir con la cabeza, parece darme la razón en todo lo que pienso y digo. Es fea, con la cara picada por viruela, de mirada amarillenta, penetrante, dura y lasciva, según mi madre, quien la odiaba. En cambio mi padre decía: “Dos cosas tienen los negros para el blanco envidiar: los dientes y el modo de caminar”. Esto es cierto en mi negra; desde que entró a servir, ha sido fiel compañera, compinche y por qué no decirlo, alcahueta. La sonrisa todavía muestra unos dientes perfectos, blancos, sanos y completos. De caminar con movimientos descuidados de sus largas piernas, mostrando una espalda derecha y enfrentando al mundo con su seno bien formado, era una incitación al brusco seguimiento, de criollos y mulatos, acostumbrados a ver pasar a las señoritas jorobadas, escondiendo sus atributos. Cambié su atavío de fustanes e hice que se vistiera con uniforme de soldado, al que ella le añadió un gorro rojo.

Saqué los perros a bastonazos del patio donde nos encontrábamos. Tosí un buen rato, tal vez a causa de los atardeceres frescos a la orilla del Pacífico. Hice memoria de los tiempos saludables, en los que a medianoche salía a repartir libelos o a incitar el parecer revolucionario de los inconformes. Me vi enfrente del espejo veneciano, colocado en la sala de los Larrea, la imagen devuelta era agradable. Aquel vestido en tafetán de seda blanca lo desearían muchas en la fiesta; tanto como al dinero del caballero inglés que me acompañaba. Tenía en aquellos tiempos fuerzas para caminar, correr y también para danzar. Me gusta el baile.

—¿Recuerdas, Jonatán, cuando invitaron al matrimonio Thorne a la recepción en el palacio municipal de Quito? —pregunté a la esclava en quien confié siempre.

—Era la mujer más bella de la ciudad —aseguró al responder, con una mirada extraña en sus ojos brillantes y fijos en mí.

Hicimos el viaje desde El Callao, desembarcamos en Guayaquil y continuamos en carreta hacia Quito. Nos quedamos en casa de don Juan, era la más importante de la ciudad, de gran belleza y con muchos balcones hacia la calle, por donde pasaban los desfiles del ejército victorioso. Fue mi regreso a Quito después de la alianza matrimonial con el inglés. La hija de Joaquina Aizpuru, de ojos negros para ocultar el dolor y la rabia de verse rechazada por la sociedad quiteña, guardaba sus desconocidas intenciones, amparada por la riqueza y el apellido de James Thorne. Ahora Manuela Sáenz pertenecía a una nueva clase social: “La aristocracia independentista”.

El maestro de ceremonia nos presentó al Libertador cuando entramos al salón.

—Ella admira su genio y su gloria, aunque su Excelencia la ve por primera vez y la contempla —mencionó Thorne al hacer yo una pequeña reverencia para saludar.

—Feliz soy señora, de ver y contemplar por primera vez su rostro radiante y amable —respondió él, con aire irónico y captando mi sonrisa de complicidad.

—Mucho gusto General —me oí decir y le entregué el carné de baile, el cual firmaba, mientras mi marido agradecía el honor de encontrarse entre tan selectos invitados.

Al comenzar la orquesta a tocar, revisé mi carné, con su letra grande se había concedido todas las piezas de éste. Abrimos el baile con una contradanza. Mis hombros se sentían

acariciados por su mirada y lacerados por la de algunos concurrentes. La noche envuelta en versos era nuestra. Las mejillas sonrojadas por la emoción de estar en brazos del Libertador contrastaban armoniosamente con el brillo de mis ojos, que enjuagué con gotas de limón antes de salir. El cabello fue cepillado varias veces con agua de nogal.

—¡Azabache puro, contra el mal de ojo! —exclamé al verlo tan negro y reí un rato. Jonatán, tapándose la boca con el cepillo de cerdas, también lo hizo. Durante la fiesta, mi marido se distrajo realizando una venta de paño para los uniformes del Ejército Libertador. Los de color los dio a un precio más accesible, por encontrarse un poco maltratados por el sol. Ésta fue la explicación, pero la verdad es que tan pronto supimos la victoria de los patriotas, tiñó las piezas de tela con extracto de caracoles.

Sentía mi rostro palidecer, él dejaba resbalar su mano sobre las mías al levantar la falda de mi vestido para bailar. Giré al compás de la música, dancé olvidando a los presentes, los prejuicios y la impresión de hombre pequeño que me causó cuando lo vi por primera vez. Dejé llevar mi cuerpo por la poesía del movimiento como solía él llamar al baile. Admiró la banda roja de *moiré* que con orgullo portaba, sostenida con un sol de oro sobre el vestido blanco. Era la Orden del Sol, que me había entregado el general San Martín por colaborar con el movimiento de independencia en el Perú. Recién casada vivimos en Lima y al salir mi esposo de viaje, en alguno de sus barcos, yo dedicaba el mayor tiempo posible a actividades a favor de la causa, en círculos patriotas y entre quienes conspiraban contra la corona. Él no estaba enterado, cuando lo supo se disgustó.

—Nos cambiaremos de residencia —amenazó Thorne, sin perder la cordura ni alterar el dominante timbre de su voz.

—Ya no es tiempo. La libertad es parte de mi vida —respondí retadora y dispuesta a quedarme.

—Tus andanzas dañarán mi negocio —continuó tratando de convencerme.

—Entonces dejaré de andar a tu lado. —Fue nuestro primer adiós.

Desde nuestro matrimonio radicamos en Lima, en donde a él le gustaba vivir por estar cerca del puerto de El Callao. Allí desembarcaban la mercancía proveniente de Europa o de Asia y se cargaban los barcos con especias, cacao, tabaco, plata y otros productos para su comercio en el viejo continente.

Siempre fui rebelde, por eso reconozco admirar el genio revolucionario, fue mi perdición ¿o acaso mi gloria?

¿QUÉ HAREMOS?

CUANDO THORNE quiso regresar a Lima, insistí en alargar mi estancia en Quito. Me hospedé en casa de un hermanastro. Jonatán se quedó a cuidarme y fumaba sus tabacos para iluminar mis inquietudes y conocer las andanzas del Libertador. Hombre de ocupaciones múltiples, cuando fui a verlo, como le prometí en el baile, sentí que me prestó poca atención, sólo fue gentil, como cualquier caballero.

Du Contrat Social descansaba sobre su mesa de trabajo. Cuidaba este libro como reliquia, había pertenecido a Napoleón, y Wilson se lo obsequió.

—*Los esclavos lo pierden todo en sus cadenas, hasta el deseo de liberarse de ellas, aman su servidumbre...* —leyó en voz alta cuando lo abrió y me invitó a hojearlo mientras firmaba unas cartas.

Miré a Jonatán cerca de nosotros, atenta al menor capricho de mi voluntad. Retrocedí unos años y la vi cuando llegó a casa.

Perseguía a uno de los gatos cuando tropecé en el patio con un joven delgado, de pelo ensortijado y de estatura mediana, como la mía; nuestros ojos se cruzaron en una mirada de embeleso, del que nos sacó la tos del otro visitante. Los hice pasar a la sala mientras los atendían y me quedé espionando a los europeos de raro atuendo y ceremonioso comportamiento.

Moisés, el rabino, llegó esa vez a Panamá acompañado de su hijo Aarón. En Curazao se dedicaban al negocio de textiles y al tráfico de esclavos. En el Istmo, mi padre los ayudaba a comerciar con los países de la costa del Pacífico. Simón Sáenz

era el intermediario entre un inglés acaudalado y ellos, quienes mercadeaban esclavos procedentes de los países africanos y los distribuían por toda América. Algunas veces el pago era recibido en mercancías provenientes de los virreinos, las cuales eran enviadas a Holanda para su venta.

Al día siguiente, al salir una de las sirvientas a la plaza, la abordó el joven judío y me envió un recado.

—No comentes esto con nadie —le pedí a Francisca acompañando la petición con un abrazo efusivo.

—Como tú digas, niña —respondió compasivamente ante mi alegría.

Desde chica era manumisa de los Sáenz y no estaba de acuerdo con la forma en que se me trataba. Con sus mimos hacía la estancia en la casa paterna y los castigos impuestos más llevaderos; para darle sabor a mis domingos, me compraba una ración de goma arábica al salir de misa y en las tardes, en que remendábamos la ropa de la familia, traía de la cocina una escudilla llena de claras de huevo batidas con jugo de limón y piloncillo.

Comencé a recibir las visitas de Aarón. Sus veleros provenientes de las Antillas atracaban en alguno de los puertos de la bahía de Panamá. Venía en las tardes, a la hora de la siesta y mientras unos dormían, yo asomaba la cabeza por las ventanas de la sala y a través de las rejas nos veíamos. Tiempo después, con ayuda de la lavandera, a quien le encantaba echarme los cuentos de sus escapadas con Justino, hicimos pasar al pretendiente por el patio trasero y entre las sábanas y camisas blancas, expuestas al sol, reíamos y soñábamos con una vida en común, yo insistía en experimentar las mismas sensaciones amorosas de la lavandera y Aarón me complacía, además recitaba los versos de un cantar anciano y me hacía sentir la amada de un rey poderoso y sabio. Una tarde, al

despedirse el cantor, ella habló conmigo muy preocupada, ya no deseaba continuar con el juego de complicidad, si los patrones se enteraban la dejarían sin techo y sin comida.

—¿Qué haremos? Ya es hora de que lo sepa mi padre —le pregunté a Aarón, con la esperanza de que mis sueños dejaran de ser sólo eso.

—No sé, tengo miedo —dijo presionando mi cintura con la mano y con una actitud indiferente a pesar de mis temores.

—Llevamos casi un año de amarnos cuando vienes —añadí con extrañeza; pensé también —un año de beber ese amargo té de hierbas que prepara la cocinera para evitar sorpresas.

—Después del último viaje, mi padre me hizo reflexionar sobre el origen —comentó respirando con profundidad y clavándose las uñas en las palmas de sus manos.

—¿Qué pretendes decir? —interrogué airada, adivinando lo que no deseaba oír.

—Sé que lo nuestro no puede llegar al final que ambos pretendemos. —Dejó de mirarme a los ojos y sin volver la cabeza hacia donde estaba, partió.

Nunca supo el significado de las lágrimas que no me permitieron seguir hablando, no lo puedo creer todavía, quedé parada en la puerta sin ninguna reacción de protesta, guardé todo el coraje y el enojo para después, rompí en pedazos todas sus cartas, quemé los recuerdos y juré evitar el sentimiento para el resto de mi vida. Yo sabía que el negocio con el cacao de contrabando proveniente de Venezuela, el cual había emprendido con el fin de independizarse, iba desarrollándose. Además, lo vi hacer a un lado muchas de sus costumbres.

No esperaba aquel desenlace, en verdad no estaba enojada, hasta que la criada me sacó del deslumbramiento. No sólo fue nuestro adiós, también era la despedida a toda

ilusión. Abrazaba a Francisca buscando consuelo y le contaba a la lavandera mis penas, mas ella sólo movía la cabeza en señal de impotencia. Menguó el deseo de amar en una joven a la edad de merecer, graciosa como la mayoría de las quiteñas y alegre a pesar de las incomodidades que la rodearon. Él llevaba auestas la familia y el Antiguo Testamento; para colmo de males, su padre era el rabino de la Sinagoga de Curazao, la más antigua de América. Ahora con el paso de los años y el vivir lo comprendo. “Ambos habíamos nacido libres pero en todas partes estábamos encadenados”. Me estremezco al recordar sus besos.

Pasaron unos meses cuando Simón Sáenz me entregó a Jonatán, un regalo enviado por los holandeses, quienes ya no volverían. Aproveché la ocasión para informarme del compromiso matrimonial pactado con James Thorne, uno de sus clientes, de origen inglés y residente en el Perú. Fue la última vez que lloré.

—Por ella siempre sabrás de mí —decía la carta que acompañaba a la esclava.

Cierto. Gracias a la habilidad de esta negra para consultar la ceniza del tabaco y saltar del presente al pasado o al futuro, como si éstos fuesen nubes y pegáramos brincos sobre ellas, supimos que Aarón tendría un hijo llamado Benjamín, quien se rebelaría casándose con una francesa católica, para luego procrear ateos y revolucionarios que se dispersaron por estas tierras tropicales.

—Aquí está mi pecho, cobardes, mátenme —les gritaba una bella joven a unos soldados, mientras sus hermanos y un grupo de estudiantes, gritando “sacalapatlaja” escapaban de la furia de los perseguidores. Oímos una vez de las chispas enardecidas.

—Es la niña Aurora —explicó entre bocanadas de humo Jonatán. Es bisnieta del que no se atrevió a llevarte con él.

Recordé el abrazo de Aarón y sus palabras la última vez que nos amamos.

—Quiera Dios, mis descendientes se contagien del valor y la fuerza espiritual en ti admirada y que venerará siempre mi memoria —rogaba en voz alta.

Pasé la mano por mi frente para despejar la cabeza. Tomé el *Contrato social* de Rousseau que me prestó el ocupado general, pasé sus páginas al descuido y leí algunos capítulos.

—No estabas tú todavía exento de la obediencia al padre y éste de los cuidados que debía al hijo —repetí en voz baja al caminar, no sé si preguntando o aseverando.

Devolví el libro a la mesa y al colocarlo oí la voz enérgica de Bolívar.

—¿Qué opinas del gran maestro? —preguntó sin dejar de revisar documentos.

—Me gusta más Voltaire —dije convencida aunque con ganas de fastidiar.

—¡Ah qué mujeres!, sólo opinan por decir algo —respondió riendo. Su actitud engreída me cayó mal. Me despedí algo decepcionada del poco tiempo que me dedicó.

Ahora, entre las argollas de humo que me distraen al lado de Jonatán, sonrío y pienso en las amadas por Voltaire, sobre todo al observar mi piel ya manchada por los años y los rayos inclementes del sol incaico.

¿PARA QUÉ
CONSERVAR
ESOS TRAJOS

HABÍA AMANECIDO NOSTÁLGICA, tal vez porque en la noche anterior los sueños me devolvieron a la infancia.

El calor era sofocante. Jonatán, para ganarle al sofoco, madrugó y desde la cocina venía el aroma de guayabas cociéndose y el del coco rallado hirviendo en la melaza. La ayudé a envolver los bocadillos en hojas de plátano y a vaciar la conserva en hojas de naranjo. Por las tardes saldría a venderlos entre los vecinos de Paita y algunos visitantes.

Al mediodía, la sombra del reloj del patio marcaba las doce horas, almorcé poco, estaba desganada y sentía el pelo empapado por la transpiración a causa del clima y los vaporones que acompañan mi edad. No quise dormir la siesta y Jonatán insistió en abrir baúles y sacar a orear la ropa que contenían. La seguí. Al ver las hojas de palma caídas, recogí una de ellas y caminé, aunque torpemente, como lo hacía de niña en la casa materna, jugaba con los hijos de las criadas y de vez en cuando con alguno de los primos en el corral de los Aizpuru; las hojas de palma me las colocaban en la espalda, desfilaba entonces protegida por aquel manto, entre toronjos cubiertos de azahares; guayabos celosos de estas flores cuya envidia agusanaba la fruta; altivos aguacates y zapotes centenarios, sombreadores de galeras de esclavos tan negros como su pulpa. Levantaba polvo a mi paso y una vez provoqué el enojo de la familia.

—Son niños, mamá, deben jugar —dijo una de las tías.

—Qué buena broma nos vino a echar Joaquina —comentó mi abuela.

Me había olvidado del deseo oculto de ser mantuana. Sentada en la mecedora, apoyada mi cabeza en el mango del bastón, contemplaba con vida los trajes que iban saliendo; los de baile se movieron en frente de mis ojos con alborozo, hacían reverencias y llevaban el compás de algún vals lugareño. Los pantalones, que me agradaba tanto usar al montar a caballo y al salir en mis incursiones patriotas, corrieron entre el monte y salían airosos al perseguirlos. Las camisas holgadas, de suave lino, cuya frescura es un deleite en estos climas, me hicieron olvidar las críticas de las señoras neogranadinas a mi atuendo; se deslizaban entre las amplias faldas y les hacían cosquillas entre sus piernas.

De pronto salió un vestido blanco.

—¿Qué hace eso allí? —pregunté a Jonatán, molesta por el hallazgo.

—No sé, mi ama, estaba hasta el fondo.

—Devuélvelo al lugar donde lo encontraste, no quiero verlo de nuevo.

Aquel vestido me remontó al lado de Thorne. Desde Panamá hicimos el viaje para contraer nupcias cerca de sus amistades. Él escogió el modelo y el más fino encaje francés para elaborar el traje; un gran escote resaltaba mi busto, al cual hicieron brotar después de apretarme con un odioso corsé. El cuello libre de joyas acusaba una familia no existente. Peinaron mis cabellos en un moño al que le enredaron hilos de perlas, regalo del prometido, y dejaron sueltos unos rizos sobre la frente. Un amigo de mi padre me entregó en el altar. De su brazo entré a la iglesia donde le hicieron el favor a Thorne de bendecir la unión; solicitud a la que ningún sacerdote se negaría, más si nos acordamos de sus generosas limosnas y las indulgencias que compraba.

—¿Para qué conservar ese trapo? —me pregunté. No trae buenos recuerdos.

Un banquete al que asistieron personalidades destilando envidia, a causa de la joven señora del comerciante más próspero de Lima y mujeres curiosas por saber qué pasaría después de la fiesta.

—Tontas —respiré con coraje. Lo mismo que sucedió con ellas, dejé de llamarme Sáenz y me convertí en Thorne, en la cama, en la cocina y en los salones. Aunque cuando mi cabeza descansaba sobre la almohada, con el silencio de las noches limeñas, la luz de la luna y la complicidad de las estrellas, recuperaba mi verdadero yo y volvía a ser Manuela, sólo Manuela.

—Coloca todo eso en el baúl, Jonatán —ordené, frotando mi nariz. Ese olor a viejo y guardado me lastima.

¿QUÉ DESEAN
DE MÍ?

SUPE QUE SE DIRIGIRÍA a Guayaquil, una ciudad ubicada en la desembocadura del río Guayas, el cual permitía la transportación fluvial de productos. Yo conocía bien ese puerto; una población descuidada, con maltratos ocasionados por las plagas y vicios que acompañan a los marineros; donde la gente apodada decente evitaba vivir por su fama de ataques de piratas. No obstante, los terratenientes y los comerciantes tenían casas allí, para pernoctar a la hora de vigilar sus embarques y algunas familias formaban una pequeña sociedad. Los amigos de Thorne abrieron sus puertas para apoyar el deseo de Bolívar acerca de la anexión del puerto a Colombia, a ellos les convenía más formar parte de los colombianos que del Perú, país que en ese momento era cuartel de España. Era el único puerto seguro y tal vez el más importante del Pacífico, e incorporarlo a la República de Colombia significaba mandar en el Ecuador.

Desde el Sur el general José de San Martín venía con la promesa de conquistar Guayaquil para anexarlo al Perú. En esta ciudad se encontrarían los dos colosos de América. Todavía no sé quién le informó a Bolívar acerca de mi conocimiento sobre la región y sus problemas, tal vez fue José Antonio, mi hermanastro, a quien lo contagió la furia independentista y me hospedaba en su casa después del regreso de mi esposo a Lima.

—Tienes que acompañarme, la causa te necesita —solicitó José Antonio exaltado.

—Esa también es la mía, pero ¿qué desean de mí?

—Tu ayuda, eres la única que conoce bien al general San Martín y has estado en Guayaquil. El general Bolívar me pidió que te llevara con él tan pronto se enteró de nuestro parentesco.

—Comprendo, le intereso al estratega. ¡Envió por mí!
—Fui con mi hermanastro al cuartel.

—Dicen que además de bella y bailadora es una aliada de los patriotas —dijo al verme llegar y hacerme pasar a su despacho.

—Así es mi General, sólo que bailo cuando quiero y soy bella aun sin desearlo; el resto se lo debo a la vida —contesté... y de nuevo no lo vi tan pequeño.

La habitación era espaciosa, un vestíbulo amplio y decorado con espejos de marco dorado hacía las veces de recibidor. A través de un arco revestido de cantera labrada se llegaba a una sala de armas con una mesa central, de madera, llena de planos y documentos. Nos dejaron solos, abrió la pequeña puerta que conducía a un dormitorio, me pidió que lo aguardara allí. Tienen razón todos esos habladores y sus mujeres rebosantes de deseos reprimidos, lo esperé desnuda sobre la cama, con la cabeza apoyada en mi antebrazo derecho, como la Maja posando para el pintor. Las nieves del Pichincha se confundieron en el caudal apasionado del Catatumbo. Una vez más confirmé que el lecho es el mejor sitio para conversar y conocerse. Aquel hombre me llevó en sus brazos a través del firmamento y nos detuvimos en el infierno. Desde ese momento decidí no apartarme de él.

Quedó sorprendido por toda la información que le suministré sobre el general argentino, aunque parte de ella eran chismes oídos a Rosita Campusano. Decían que su amante estaba enfermo y tomaba opio para aliviar el sufrimiento. Rosita sabía cuando el dolor era insoportable y le suministraba

una porción para mascar de la que llevaba siempre en su bolso. Le fui útil al diestro militar neogranadino. Gracias a todo lo que supo Bolívar pudo adelantársele al hombre sureño, de facciones agradables, porte varonil y comportamiento familiar, quizás algo cansado por su enfermedad y así llegar primero a Guayaquil. Desde esa vez, sus ojos me vieron también como a un compañero.

Aún recuerdo la cara de San Martín, a quien noté más alto que nunca, cuando ancló su buque en el puerto y subieron tres oficiales a darle la bienvenida a suelo colombiano. Esto cambiaba sus planes, desembarcó molesto.

Dos libertadores frente a frente, esgrimiendo una misma espada, la libertad, y en lucha contra un mismo enemigo, España, era demasiado para un solo logro, la independencia. Nunca supimos qué sucedió en aquella entrevista, fue a puerta cerrada. Sin embargo, creo que Bolívar obtuvo lo que deseaba. Después supe que la experiencia lo apoyaba; en el oriente de su país ya había tratado exitosamente con otro Libertador.

—*Di mi juventud a España, mi edad adulta a mi patria y ahora quiero disponer de la vejez a mi antojo* —dijo San Martín al salir y dejar a Bolívar continuar solo en la campaña del Perú.

—*Los hombres públicos valen tanto cuanto es la opinión que se tiene de ellos... El Perú ha perdido un Buen Capitán y un Bienhechor* —escribió luego Bolívar.

—¿Qué tal el encuentro? —pregunté ansiosa, en cuanto lo vi.

—Prefiero no hablar de ello. Me entristece el rumbo que tomen nuestros caminos, a partir de este momento.

Cuentan quienes lo escoltaron de regreso hacia el buque, que al despedirse dijo: —*Bolívar no es el hombre que creí* —dejó el alma del Libertador cargada de angustias que escondió el resto de su vida. San Martín era el mayor y Bolívar siempre

respetó la opinión de los grandes, aunque aquél tendía a gobernar en un reino; “Rey José” ya lo llamaban en Perú.

Para mí fue difícil, era como tomar partido entre criollos, un dios y otro o mejor dicho un diablo u otro, ambos respetables y dignos de admiración. Mas había germinado un sentimiento, al que tiempo atrás renuncié.

—Simón —grité, cuando vi que salía con su ejército.

—El general tiene que partir —me informó uno de los edecanes, tratando de detenerme.

—Dígale que yo no tengo a donde ir —y lo seguí.

Recuerdo que nos acusaron de mantener un amorío escandaloso, pero fui su inspiración.

—Has devuelto la poesía a mi ser —le oí decir esa vez.

A los pocos meses escribió su delirio sobre el Chimborazo; su alma estaba cargada de sentimientos que buscaban la forma de salir.

Yo venía envuelto con el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las Aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir a la atalaya del Universo... Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía. De repente se me presenta el Tiempo. Bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades, ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano...

“Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto... di la verdad a los hombres”.

La imagen de ese monte, que tantas veces contemplamos, me acompaña y mis oídos se llenan de palabras sonoras como una sinfonía cargada de movimientos. La piel se me pone de gallina y una frialdad interna me empuja de nuevo al patio soleado de Paita, mientras espero como en un intermedio que la vida continúe y venga Iris, esa mensajera alada por mí.

¿QUÉ EXTRAÑAS
DE TU TIERRA?

—SERE... NO, Y ES LA MEDIA NOCHE —gritó el vigilante, iluminando su paso con un farol.

En el patio los sirvientes se movían con prisa, cargaban animales con los baúles que llevaría en mi regreso a Lima. Nos escoltaría un pelotón de soldados al mando de un edecán de confianza de Bolívar. Transitando por el Camino Real procuraríamos pasar por poblaciones dominadas por los patriotas, sobre todo entrando al Perú que aún reportaba brotes realistas.

Sentí frío en el estómago al dejar Quito nuevamente; el rítmico sonido del herraje de los caballos, al chocar contra el empedrado, acompañaba mi respiración. Me despedía de conventos que cuidaban la honra de la ciudad, de las iglesias con sus techos en maderas finas luciendo una marquetería de lujo; y el paisaje, ese mirar de frente al monte, todavía es parte de esta anciana; llevo dentro del corazón las faldas del Pichincha que se extienden con elegancia rumbo al valle.

—El verde de la montaña —respondí una vez, cuando él preguntó qué me hacía falta.

Eran las cuatro de la madrugada, se oían las campanas de los conventos tocando a maitines, partimos a esa hora para evitar el calor del mediodía en la sierra y por la discreción que me rogaban tener. Llevaba una encomienda.

Llegamos a Trujillo y nos hospedamos en una de sus casonas de barandales de hierro forjado en sus corredores. En medio del patio, una fuente sería alegre compañía de mis sueños, con la caída del agua que escupía un pez labrado en

piedra, mi imaginación volaba al lado de Simón, mientras veía bailar a los hijos de los trujillanos una marinera en mi honor.

—Para usted, que sabemos ama a los caballos —dijo el dueño de la casa.

—Gracias, pero también a los que los montan —pensé con mi habitual sarcasmo, aunque atenta a las recomendaciones de urbanidad y buenas costumbres, no lo dije en voz alta. Me limité a observar el movimiento de los bailarines que imitaba al de los caballos.

Cuando el edecán encargado consideró prudente, continuamos el viaje. El paisaje cambiaba a medida que el cansancio nos llegaba. Varios de los soldados que viajaban desconocían esa región; algunos venían de tierras llanas como las pampas.

Al acampar en las noches su cantar era ingenuo y de gracia ligera, se acompañaban de un instrumento parecido a una guitarra pequeña, de cuatro cuerdas.

*Cuando la perica quiere
que el perico le sonría
se acomoda en la pechuga
un collar de fantasía.*

*Cuando la perica quiere
que la bese su perico,
coquetona abre las alas
se adormece y abre el pico.*

Tampoco estaban acostumbrados al frío y algunos murieron delirando por la fiebre.

—Dígale a mi Azucena que me mataron en la pelea, pero que antes yo maté a diez realistas —me hizo prometer uno.

—Llévele a mi madre la condecoración que me dio el General —pedía otro.

—Salud —era un constante deseo entre ellos.

Quise socorrer a otro de los moribundos y el primo que estaba a su lado, me dijo:

—Déjelo, doñita, va a estar muy contento, ya su hermano murió “igualtito”, cuando siguió al Libertador en el paso de los Andes.

Los asombraba pasar de un paraje árido, con arbustos secos y alimañas, a uno selvático donde el canto de las aves los aturdía y su tamaño los asustaba, como cuando el cóndor extendió sus alas para darnos la bienvenida.

—Vi que te diviertes —le dije a Jonatán al oír sus risas y palabrotas.

—Sólo tengo a quien oiga lo que cuento y goce con mis gestos —contestó con una mirada lasciva, como las que había descubierto mi madre.

Llegar a Lima fue un remanso después de transitar por esos caminos. La ciudad fue gentil conmigo, la presidencia me recibió de inmediato.

—Vengo de parte del general Bolívar, traigo una encomienda para el señor presidente —dije al entrar al palacio.

No me hicieron esperar, estaban ansiosos de esta noticia: Las tropas de Colombia muy pronto llegarían a auxiliar a su país.

Me instalaron en una casa, propiedad de los Calderón del Ecuador. La hija de los dueños se dio gusto al ponerme al tanto con las habladurías de ambas tendencias, patriota y realista, además se aprendió de memoria el contenido de una carta reciente de Bolívar a su tía Eufemia en Guayaquil y se apresuró a repetirlo en una visita.

—*Ayer tuve la complacencia de recibir la fineza que usted se sirvió mandarme de dulces hechos por esas manos virtuosas,*

—recitaba la muy canalla, sin despegar los ojos de mis manos, cuidadas y con pocas señales de elaborar finezas como las de su prima.

—¿No decía nada de mí? —le pregunté por fastidiar.

—Claro. *Más allá está un placer en que ha triscado la amable loca* —contestó irónicamente.

—Para, no sigas —le ordené cuando lo comenzó a repetir y vi placer en su mirada.

Salió molesta de la casa y me dejó con la espina de su prima La Gloriosa, hija de doña Eufemia, clavada en el corazón del hombre que amaba.

Traté de olvidar el disgusto al dedicarme a la organización de una necesaria presencia de Bolívar en Perú, la cual yo intuía, mas las autoridades soslayaban. Seguí trabajando por la causa y al fin el Congreso decretó un llamamiento al Libertador para acabar con la guerra civil. Estaba ya en camino y venía enfermo.

La ceniza me acusa, quiere hacerme sentir culpable; sin embargo, yo sólo deseé en aquel momento una parálisis pasajera de sus miembros.

¿CÓMO VIENE?

UN OFICIAL UNIFORMADO hizo su entrada a la sala.

—Un otorongo —exclamé llena de gozo.

—El general Bolívar avisa su próximo arribo a esta ciudad —informó el edecán que traía el tigrillo encerrado en una jaula de carrizos.

Él estaba acampando en las afueras de Urna, la soldadesca se reponía mientras corría la voz de su llegada para que todos estuviéramos pendientes y dar tiempo a prepararle un recibimiento, como los que le gustaban, apoteósico, digno de ser cantado en un poema.

Trataba de congraciarse. Sabía bien que yo amaba a los animales, los gatos eran una gran compañía y los perros una astuta vigilancia. Desde que murió mi oso, el que se revolcaba conmigo sin arañar mi cuerpo desnudo, como lo constató el pintor, este tigrillo era el obsequio más bello que había recibido. Una especie difícil de conseguir, merodeaba en la selva peruana, parecía un gato con pintas, inofensivo, pero era tan peligroso como un puma. Su piel era de abundante y sedoso pelo, se dejaba cuidar por Jonatán hasta que un día el cocinero se molestó por haberlo encontrado lamiendo los ingredientes de la cena.

—Ya verás gato consentido. Te voy a matar y haré un guiso contigo —decía mientras lo perseguía.

Fue inútil, el otorongo escapó de sus gritos y amenazas adentrándose de nuevo en el monte.

Lima era opulenta. Nunca llueve y sus casas solariegas invitan al descanso. Los conventos son ricos y la gente se

veía feliz. Brillaba como el centro del sol cuando entró el Libertador. Ciudad de leyendas, orientada hacia Venus, presumía un puente amacizado con claras de huevo de aves guaneras y bellos balcones de madera torneada que escondían una aristocracia en depuración, una burguesía creciente y poetas en efervescencia.

—Viene enfermo —me había dicho la ceniza. Le aquejaban fiebres y sudores fríos que se iban tan rápido como venían. Por eso no les daba importancia y continuó el mismo ritmo de trabajo.

Vivimos esos días entre intrigas y festejos, conjeturas y planes. La ciudad ofreció en su honor uno de los bailes más suntuosos de la época. Decían algunos, quienes habían estado en París, cuando la coronación del Emperador, que la grandiosidad de esa fiesta era igual a la de la corte napoleónica.

Bellas mujeres cubiertas de joyas esperaban una sonrisa del General, quien vestía su uniforme blanco, con botones de oro. La balanza del encanto se inclinaba hacia mí, Manuela, la dama de cabellera negra peinada con bucles que hacían resaltar la blancura de su tez. Yo había soñado al lado de Bolívar con ese momento; no obstante, deseaba como él escaparme del salón y encerrarme en una habitación del palacio a desquitar las noches solitarias y los días sombríos que antecedieron.

Después de ese día comencé a vestir el traje rojo y blanco de los soldados de la Gran Colombia.

—Te sienta la excentricidad —decía al verme colocar un sombrero inclinado sobre la cabeza, cada vez que usaba el uniforme.

—Es porque soy joven —le repetía y recordaba a la abuela Aizpuru aconsejando a sus otras nietas: “Mejor joven excéntrica que vieja ridícula”.

El cabello oscuro revoloteaba en mi memoria, si lo vieran ahora, maltratado por el sol y blanco por el tiempo, necesitaríamos de la poesía para verle brillar como la luna y comparar las canas con hilos de plata.

¿SIGUES SIENDO
IMPETUOSA?

COMO TODOS LOS JUEVES, al ver alejarse a los hombres del caserío, caminé hacia el estero, recogí uvas de playa de los árboles encontrados a mi paso y las guardé en el morral, no sin antes contemplar sus hojas, redondas y brillantes. Con el bastón revisé los almendrones caídos y menos picados por los pajarracos negros que abundan en esta playa. Observé los hicacos blancos, ya listos para preparar dulce y recordé su agradable sabor y el bonito color rojo que toman al cocerlos; más tarde enviaría a Jonatán por unos.

En la desembocadura estaban las mujeres de los pescadores limpiando el pescado, despojándolos de sus vísceras que luego arrojan al descuido en el río y llegan de nuevo al mar, para ser alimento de otros peces. Me esperaban como siempre ese día, en el que sus señores iban al pueblo a vender la pesca. Algunos les tenían prohibido hablarme, como si fuese un mal espíritu. Mas yo sólo les repetía: “quíranse, quíranse mucho”. Les gustaba oír anécdotas sobre mis años al lado del Libertador. Yo, su amable loca, disfruto al compartir aquellos años locos, con quien me escucha. Les prometí llevarles un retrato de aquellos tiempos.

—¡Ave María purísima! —exclamaron—, pero si es una señora muy bella. Se le parece muy poco —dijeron otras, revisando con sus ojos incrédulos mi figura regordeta, el rostro con arrugas y la sonrisa cansada.

Se alejaron riendo y una de ellas me acompañó de regreso a casa. La recompensé mostrándole la banda que cruzaba mi pecho en la pintura; la acarició y tímidamente se la puso. No lo podía creer. Estaba emocionada.

—Tampoco yo lo creo —le confesé—, es la Orden del Sol. No solamente amé a Bolívar —le confiaba a esta mujer—; me sentí parte de él y de su gran afán de luchar por la liberación de América.

—Tiene usted razón en quererle tanto —me dijo—, Josefina mi amiga y yo, cuando hablamos de él y de usted, pensamos que también lo amamos.

—¡Ah carajera! —exploté—, aún después de muerto le salen amantes. —Entonces sonreí y recordé que hasta en los conventos le amaban y discutían por él, como dice la letra de esta canción:

*Las monjas están rezando
en abierta oposición:
unas piden por Fernando
y otras ruegan por Simón.*

En la puerta se asomaba un caballero de edad avanzada, mi viejo adorado, traía unos cocos que obtuvo camino a la playa a cambio de unos versos para la novia de un pescador. Recordamos juntos nuestro primer encuentro. Lo envió su discípulo a conocerme; una carta lo presentaba como don Simón Rodríguez, su maestro, su guía, su Robinson, quien acababa de regresar del Viejo Mundo y le había solicitado su colaboración con la lucha por la independencia y el gobierno de Colombia. —*Él formó mi corazón para la libertad* —decía. El mismo sobre contenía una carta donde contestaba mi reclamo por escribir pocas líneas y con letra grande.

*Me dices que no te gustan mis cartas porque te escribo con
unas letrazas tan grandotas; ahora verás que chiquitico te*

escribo para complacerte. No ves cuántas locuras me haces cometer por darte gusto...

—Tenía la letra muy grande y mala ortografía —le dije reclamándole a su maestro.

—De igual defecto padecen otros. A pesar de mi rigidez en cuanto al idioma, no pude lograr mucho; no obstante, Andrés Bello trata de hacerlo con una nueva gramática española —me instruyó en esa ocasión don Simón.

—*Era un hombre de amor*, así entendió sus amoríos el fiel maestro e insistió en hacérmelo comprender, sin suerte. Aquel viejo educado, solitario empedernido, que me trataba con deferencia y respeto, a quien el destino colocó cerca de mí al final de su vida, repetía sentado a mi lado en el corredor —El amor también es privilegio de los dioses. ¿No sabe usted que el Olimpo es región de amores? ¿Recuerda usted los amoríos de Júpiter? El amor es creación y está presente en todas las circunstancias. *Cuando el hombre es un creador, las mujeres son parte esencial de su fuerza*. Me miró sobre los lentes que reposaban en su nariz, carraspeó y con un ademán de su mano hizo venir a Jonatán, quien escuchaba con atención, por los cocos que traía.

Fueron las mismas palabras que le oí sentada a su lado en la *chaiselongue* de mis habitaciones de la casa de Urna. Esa vez me paré repentinamente, sabía que deseaba disculpar las noticias que llegaban a la ciudad sobre los devaneos de su pupilo, y es que durante los meses que tomó la preparación y lucha por la batalla de Junín, en la que salió victorioso el ejército patriota, él descansaba y festejaba el triunfo al lado de otra Manuela. Caminé golpeando con fuerza la duela del piso, me dirigí al comedor, abrí las puertas de la vitrina donde se guardaba la vajilla inglesa, adorada por el infiel. Contemplé

la porcelana heredada de su familia, que lo acompañaba en todas sus campañas y peregrinar por tierras americanas. Decorada con paisajes chinos en tonos de azul no pude dejar de admirarla, pero mis manos no temblaron y calmé mi furia rompiendo dos bandejas y una sopera. Al salir le cerré la puerta en la cara al amable maestro gritándole:

—Dígale que se quede con su vieja, mi tocaya. Ya leí en la ceniza que se va a morir de eso: de vieja y mal querida.

—Impetuosa, eso eras Manuela, ¿sigues siéndolo?
—preguntó don Simón.

—Puede ser —respondí, y le enseñé los cabos de cigarro tirados en el piso que confirmaban aquella sentencia. Tenía yo razón, de vieja y malquerida moriría.

¿DÓNDE ESTÁ
MI MARIDO?

¡GUERRA! GRITABAN LAS CHISPAS; a muerte olía el humo.

Ese olor me recordó a Junín, en nuestro lecho se llegó a hablar de ella y de su importancia. No se usaron armas de fuego en este combate y decían que era una batalla librada entre caballeros. No obstante, la última y decisiva batalla en estas tierras fue Ayacucho; selló la independencia. Bolívar, absorbido por preocupaciones de otra índole, dejó el mando al general Antonio José de Sucre, en quien todos confiábamos y éste hizo un alto con los patriotas en el campo, dio frente a los realistas al mando del virrey del Perú y les presentó batalla.

—Al amanecer los españoles descendieron de las alturas sobre los criollos, parecían hormigas bajando de los cerros. El combate fue reñido y sangriento —contaron los nativos que lo presenciaron.

—Habían olvidado que para los de este rumbo, Ayacucho es el lugar de los muertos —añadió Jonatán confirmando la sentencia.

El ejército español, el más numeroso y aguerrido de los dos, fue el último que combatió por Castilla en nuestro suelo.

—Está concluida la guerra —le oí decir a Bolívar al llegar a la casa en Lima.

Después de la entrada triunfal, los vítores y las felicitaciones, lo noté cansado y eufórico. Hice que le prepararan un baño con hojas de saúco para relajarse. Se quedó en casa dormido; en la noche abríamos el baile en el palacio municipal.

Salí con Jonatán un rato, en las calles seguía la fiesta, todos se regocijaban con el triunfo y celebraban a su modo con el ejército patriota, halagaban con sus bailes y cantos a sus soldados y sus jefes. Una mujer con un niño en brazos y agotada por el deambular se me acercó.

—Doña Manuela, usted no me conoce, mas dicen que me puede ayudar. ¿Dónde quedó mi marido? —preguntó con ansiedad, antes de desmayarse. Varias de las personas alrededor acudieron en su auxilio. Supe que venía desde lejos, buscaba a su esposo desesperada y nadie le podía dar información, prometí investigar su paradero, la llevé a casa a descansar, reflexionando sobre el éxito de aquel combate.

—La gloria parece esconder el desastre de una guerra. Las plagas que deja: orfandad, abandono, hambre, atraso, es como bajar desde una cima rodando, sin ver lo que arrastramos a nuestro paso, para de nuevo ascender poco a poco, olvidando lo perdido —comenté en voz alta, sin ocultar mi enojo, mientras Jonatán cuidaba a nuestra huésped y mecía al niño en sus brazos.

¿Cómo saber quién era su hombre, cómo recordar un rostro descrito con desesperación entre tantos heridos y muertos y cómo preguntarle en cuál bando peleó, si el dolor es el mismo? Jamás tuve respuesta.

Nunca cumplí con la promesa, no supe quién era el hombre de la mujer albergada en casa; sólo le dije que había muerto en el campo de batalla, con honores. Tal vez regresó al terruño convencida de haber dado su contribución a la patria ¿o a la corona? Estoy segura de que en el camino halló consuelo y a la vez reanimaría a otros necesitados de amor y de compañía.

La guerra me transformó en un ser algunas veces insensible.

—Hay que lavar esa herida purulenta, Manuela —ordenaba el médico al que ayudaba.

—¿Quién va a creer que la niña Aizpuru, la que se desmayaba al ver sangre y sufría en el corral de la casa de Quito cuando mataban a las gallinas, ahora limpia gangrenas y asiste a los doctores en sus operaciones? —Los ojos sarcásticos de Jonatán me recordaban esa etapa de mi vida.

Mirándola fijamente, contesté su pensamiento: —Con que yo lo crea es suficiente. Enjugo lágrimas de hombres que no deben llorar y me hago sorda a los gritos de lamento.

Los heridos fueron muchos, y a éstos los olvidaba la alegría, se encontraban hacinados en salas que prestaron los conventos y en otras habilitadas en los edificios públicos, para darles auxilio médico y religioso.

—Buenos días —iba diciendo en las mañanas cuando llegaba a visitar a los enfermos y ayudar a los doctores.

Siempre había unos que ya no responderían, entonces me enteraba de los recién muertos. No teníamos material de curación. Fue cuando decidí traer al tío de uno de los soldados, el curandero, y con sus hierbas y raíces hizo sanar a muchos de los que creían en él y a los que no también.

Salvó las manos del barbero de un batallón, a quien le explotó un petardo al tratar de alejarlo de donde se encontraba. Éste no perdía su buen humor y ganas de discutir.

—Ya cámbienme de catre, no tengo quien me replique —gritaba a los enfermeros y nos enterábamos que otro herido había muerto.

Cuando le llevé al indio Yupanqui se quedó observando la preparación de plantas que molía con una piedra en un recipiente también de pedernal. Le preguntaba el barbero, sin dejar de mover sus manos, si tanto menjurje lo curaría.

El callado Yupanqui, obstinado de tanta habladoría le respondió: —Sólo si se acompaña de silencio.

—Doña Manuela, dígame, usted sí sabe; dicen que yo, a pesar de ser de bajo nacimiento, de escasos principios y de ningunos bienes, soy igual al rey, y que tengo voto en el ayuntamiento.

—Sí, es cierto; pero si no te callas y permites que te curen, no podrás votar.

—Hay que amarrarle las manos al catre —sugirió Jonatán, así se restablecerá más pronto y estará mudo por un tiempo.

Tal vez el marido de aquella mujer que se me acercó, cuando la algarabía de Junín, o el padre de los niños Gómez, fue quien con la mirada me dijo ser Julián.

—Señora, ¿ya no tenemos papá ni mamá?

Su hermano lo calló diciendo: —No molestes Antonio, nos los cambiaron por muchas madrecitas.

A estos huérfanos los dejamos por un tiempo en el convento, una de las monjas era familiar de la madre y nadie los había reclamado.

—¿Te llamas Julián? —le había preguntado a un herido al acercarme y ver su rostro. Una lanza lo dejó sin un ojo. Perdió sus piernas y también la memoria ante semejante impresión.

Tampoco pude conseguir al hermano de Fernanda, la cocinera, o al hijo de doña Marianita, la amiga de mi madre, a quien preferí no decirle la verdad.

Acompañaba a los familiares y amigos a recorrer las habitaciones, con los catres de los heridos y los moribundos. Muchas veces ante el horror de verlos mutilados, preferían desconocerlos y hacerse a la idea de que estaban muertos.

Tal vez el hermano de Fernanda era aquel joven centinela, cuya inexperiencia al manejar la pólvora, provocó una explosión al servir el cañón y a quien yo le arrancaba las vendas de sus quemaduras con fuerza y de un tirón, para realizar las curaciones. La piel quedaba rosada, con pequeños

agujeros rojizos de sangre a punto de brotar nuevamente. Él me reconoció.

—¿Es usted la vieja del Libertador? —me preguntó un día con ansiedad y al contestarle afirmativamente me entregó un sobre arrugado y sucio, adentro venía una nota de Bolívar, sin firma, como acostumbraba hacer cuando me escribía, mas esta vez sin destinatario, eso me intrigó; sin embargo, tomé el papel y le dije que era para mí.

Lima, 6 de abril

Mi querida amiga: Mucho me complacen tus amables cartas y la expresión de tus cariños son mi placer en medio de la ausencia. Ya digo a Sucre que te recomiendo nuevamente, y no más. A tu mamá que no se vaya para nada, nada, nada. Mira que yo me voy a fines de éste para allá sin falta. Espérame a todo trance ¿Has oído? ¿Has entendido??? Si no, eres una ingrata, pérfida y más aún que todo esto: eres una enemiga.

Tu Amante

Creo que sin proponérmelo, a partir de ese día, le arranqué las vendas a este centinela con gusto, en venganza por la inquietud que sembró aquella misiva. ¿Qué le importaba mi madre? ¿Por qué sin nombre? ¿A quién iba dirigida? Mis cartas siempre llevaban el nombre, se dirigía en ellas a su amable loca, o a la única, o a la adorada, mas nunca a su querida amiga.

No hallé un momento apropiado, en medio de aquellas emociones encontradas, la alegría y la tristeza, la victoria y el horror, para aclarar esta incertidumbre, el tiempo se iba en intrigas, en coartadas para salvar la vida, y desperdiciar un instante de nuestro amor era pecado. Preferí pensar que aquellas fueron unas letras más para mí, la única amante.

¿CULPABLE
DE AMAR?

PRESENTÍ ALGO INGRATO dentro de aquella carta enviada desde Ica; la abrí sin prisa.

—El deber nos dice que ya no somos más culpables —leí varias veces sin entender su contenido —¿Culpable de amar? ¿Qué me quiere decir con eso de que sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo? —me pregunté muchas veces.

Ica, 20 de abril de 1825

Mi bella y buena Manuela: Cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien, y gimo de tan horrible situación por ti; porque te debes reconciliar con quien no amas; y yo porque debo separarme de quien idolatro!!! Sí, te idolatro hoy más que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo.

Cuando tú eras mía yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora ya me parece que una eternidad nos separa porque mi propia determinación me ha puesto en el tormento de arrancarme de tu amor, y tu corazón el alma que nos daba existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro tu estarás sola aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no somos más culpables!!! No, no lo seremos más.

—Jonatán, escucha lo que dice el General —le grité indignada y le pedí que fumara un tabaco para leer en la ceniza qué pasaba.

—Nada mi niña. Ese amor es más fuerte que los consejos de la gente que lo rodea.

—¿Qué debo hacer? Preguntémosle al indio y dile que ya quiero saber quién es.

—Pensar en que tú también tienes tu gente —me aconsejaron las chispas enardecidas.

Escupió varias veces sobre el piso de duela y me instó a prepararme para conocer una ciudad enclavada en la sierra y a tener un encuentro muy deseado.

Decidí llevar la contestación a su carta personalmente. Me dirigí a Cuzco. Tenía razón la ceniza y su intérprete Jonatán, para llegar a esta ciudad había que subir por caminos sinuosos en la montaña, casi no podíamos respirar y el agotamiento nos obligaba a descansar de vez en cuando para tomar aire. Desde la cordillera se veían los techos rojos de las casas contrastando con el blanco de sus muros. Las llamas y las vicuñas paseaban su carga, por el empedrado de las calles, al lado de los indígenas que las cuidaban.

Los cargadores se detuvieron frente a la plaza mayor, tocaron la quena, su música era un saludo, luego se retiraron. Después supe que allí decapitaban a los incas que oponían su fuerza contra el español.

—En ese lugar exhibieron las cabezas del primer Túpac Amaru y también del último, el precursor de la independencia —indicaba un sargento nacido en la región, quien vino a nuestro encuentro.

Supieron que estaba por llegar y enviaron a este oficial. No quise pasar a la casa donde insistía en llevarme la escolta. Fui directo a la oficialía. Tampoco dejé que me anunciaran, abrí la puerta y entré.

—¡Manuela! —exclamó al verme Bolívar y se puso de pie inmediatamente.

—No podrás arrancarte de mi amor —le dije al entrar, mostrándole su carta ya arrugada por leerla tantas veces.

—“Son palabras que nunca podría pronunciar, el ritmo de esta guerra las dicta y el aire te las llevó. Es cierto lo que en ella escribo, te idolatro hoy más que nunca jamás” —repitió cerca de mi oído.

Me sentía mareada, Jonatán también. El mal de páramo nos debilitó y necesitábamos dormir para mitigar el efecto del cambio de altura.

Se me acercó y sus manos liberaron mi cabello del moño en que lo peinaba, me besó con desesperación hasta saciarse.

—No quiero estar al lado de mi marido —le dije. Podría matarlo, pero ya se le ocurrió que tú lo harías, como algunos reyes han hecho. Se cuida mucho, hace probar sus alimentos y lo escoltan dos personas. Me mantiene alejada y no le importa que viva en otra casa.

—Loca, amable loca, no lo repitas. Lo nuestro es un tormento, pero yo no llegaría al crimen para tenerte a mi lado. No soy rey, soy un guerrero. Tú vienes a mí convencida de este amor.

—Es cierto, soy loca, doblemente loca. No estoy dispuesta a perderte. Nos veremos más tarde, me siento mal.

Besó mis manos al despedirse, y al oído me dijo: —El pintor tenía razón, son las manos más bellas del mundo.

Dominaba sus pasiones tan bien como a los contrincantes en la guerra. Se presentó con dos cartas y un poema que había recibido. Eran de José Joaquín Olmedo. Este poeta de mi tierra, impresionado con la batalla de Junín, librada con lanzas y bayonetas en la llanura, vislumbró la estrategia de su desarrollo y el triunfo diáfano. Bolívar la dirigió desde

la altiplanicie, a fondo los Andes lo protegían. Yo había escuchado en Lima la oda, la leyó un amigo mutuo en una tertulia; todos aplaudimos su talento.

*El trueno horrendo que en fragor revienta.../ Abre tus
puertas, opulenta Lima,/ abate tus murallas y recibe / al
noble triunfador...*

—Le va a encantar a Bolívar. Eso de que de él forma un Júpiter, lo halagará —les dije en esa ocasión, sin temor a equivocarme.

—Tal vez piense que quiso hacer una parodia de la Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa —comentó nuestro amigo.

—No, son palabras de grandes alas y vuelan por sí solas —me oí diciendo poéticamente.

En la casona de Cuzco una cena exquisita nos fue servida. Pastel de choclo, frutas en almíbar y un té de hojas para eliminar el cansancio. Hizo las cartas a un lado —mañana las contesto—. Ahora hay algo más agradable por hacer; subimos a una de las habitaciones y dimos rienda suelta a nuestro amor, sin reproche ni explicaciones.

—Sigue teniendo la razón Juan el retratista. Posees un encanto secreto para hacerte adorar.

Afuera los nativos bailaban al compás de una música lánguida que llegaba al corazón. Un lamento por la partida del héroe incaico.

Todavía recuerdo el color ambarino del té de coca, y al cabo que trajo una noche a su tío para que me adivinara la suerte. Tomó un puñado de hojas secas, las soltó enfrente de mí, se esparcieron en el piso y lentamente leía al recogerlas, hablaba en quechua y el sobrino traducía. Ellas me avisaron de un gran disgusto.

Aún me daña el recuerdo de aquella carta, no obstante los años que han pasado van limando malos entendidos, si es que hubo alguno. El consuelo de creer en la certeza de aquel amor se adhiere como un parásito.

¿Y CUANDO SE
ACABE LA
GUERRA?

ENTRE LOS SOLDADOS y la guerra era como le agradaba vivir y una vez me lo escribió.

—¿Qué será de él cuando acabe esta guerra? —pregunté a Jonatán cuando empezamos a fumar un tabaco.

—Morirá, si es que no comienza otra de inmediato —contestó, a la vez que ofrecía al indio, el cigarro que fumaba para despejar los malos espíritus de la campaña peruana.

El país era rico, un virreinato acostumbrado al lujo de una corte, imitación de las europeas, agradecía a Bolívar sus hazañas con regalos. Lima le dio una espada de oro con incrustaciones de diamante cuando la libertó. La recompensa al librar Ayacucho sería mayor, allí fue enviado Sucre, un caballero de la independencia, el oficial consentido del Libertador, quien al regresar triunfante se convirtió en el Gran Mariscal.

Con entusiasmo el Perú le rindió honores, ofreciéndole condecoraciones y dinero. Le dio poder ilimitado a su presidente y nacería dentro de su territorio una nueva república.

—De tener una hija ¿qué nombre le pondrías? —me preguntó con un tono de nostalgia en su voz.

—Bolivia —le respondí de inmediato, como si ya lo hubiera cavilado.

El Alto Perú se convirtió en otra nación, Bolivia, la amada que siempre traerá con el nombre la memoria de su fundador.

Desde Potosí respondió a una de mis cartas invitándome a seguirlo a Arequipa. La sociedad de Lima, una vez independizados, cambió su actitud benévola y solapadora;

maltrataba mis sentimientos con sus desaires, posiblemente instigados por Thorne, quien seguía viviendo en la misma ciudad. Desesperada por esto, resolví contarle a Bolívar, en una carta, mis temores, que crecían con su ausencia y la contestación recibida me llevó al principio de mi vida amorosa, recordé mi experiencia con Aarón, el primer amor.

La Plata, 26 de noviembre de 1825

Mi amor: ¿Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta?! Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso, y que no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío: no sé cortar este nudo que Alexandro, con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable; de deber y de falta; de mi amor, en fin, con Manuela la bella.

Tomé el papel entre mis manos, di instrucciones a la servidumbre para empacar rápidamente enseres, ropa, y por supuesto los animales, partiríamos esa misma noche.

—Manuela la bella —repetía rumbo a La Plata para alimentar el coraje. Nos encontramos a los pocos días de viaje, en la mitad del camino, sus edecanes le avisaron de mi determinación. Al verlo llegar, envalentonado por triunfos y el poder, le di la espalda, me alejé hincando las espuelas en el caballo.

—Detente, Manuela —oía, mas seguí galopando sorda a sus ruegos. Me alcanzó, quiso detener mi caballo, le arañé el rostro.

—No me toques —le exigí. Perdí el equilibrio y caí. Al tomar él las riendas me abrazó con furia asfixiándome con sus besos.

—Lo de bella es algo que soy aunque no lo haya buscado, ya lo sabes, y en cuanto a detenerme, inténtalo, me voy a Londres —le manifesté, limpiando mi rostro de la sangre que brotaba del suyo.

—¡Qué buena pelea fue ésa y qué tal la cara de susto del brigadier que lo escoltaba a distancia! —recordó Jonatán rascándose la cabeza.

—Amor puro y amor culpable; resultó igual que el otro, ¿te acuerdas del judío? —le comenté—. Se le revolvió el origen y quiso apelar al deber después de tres años de amarnos —dije en voz alta y fumé, fumé con desesperación, aspiré hondo para expeler con el humo saliente de mis pulmones, esa brizna que aún maltrata mi corazón endurecido.

¿NO TENGO
BUEN GUSTO?

ABOTONABA LA BLUSA, confeccionada con la falda de un vestido que me gustaba mucho y ya no me servía; era de hilo irlandés, suave al tacto y prolongaba la sensación de frescura al usarla, bien planchada, después de un baño con agua tibia.

El espejo del armario devolvía mi figura gruesa y cansada, unos ojos la contemplaban con sorna, al recordar a la bella mujer que un día, hace años, se vio en otro espejo luciendo el vestido de donde salió la blusa.

—¡Thorne, Thorne, pobre Thorne! —exclamé. Me pidió que escogiera, entre los paños acabados de desembarcar, los que deseara. Nunca quiso olvidarme. Insistía todo el tiempo, aún tengo en mi memoria esta carta, que para desencantarle, le escribí:

No, no, no más, hombre de Dios. ¿Por qué hacerme usted escribir, faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted, si no hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces no? Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.

¿Y usted cree que yo, después de ser la querida de este general por años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted mejor, para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede

unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volvemos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre usted es pesado). Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa; éstas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, etc. ¡qué mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque usted no lo fue conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas; formalmente y sin reírme; con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré más con usted. Usted es anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso, el que estoy amando a otro y no a usted es el mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

*Su invariable amiga,
Manuela*

Gracias a Dios soy atea, para que dejara de molestarme al nombrar todos los castigos reservados por el Señor a las adúlteras como yo. ¡Cómo no era Enrique VIII para divorciarme y unirme, de acuerdo al honor que la sociedad manda con el hombre amado! Porque estoy segura, como Dios manda es lo que estaba sucediendo, por gracia de Dios lo conocí y Él que protege sin distinción a los buenos y a las malas como yo, me hizo probar su amor al hacerme adorar al general Bolívar.

—¿Qué no hay castigo para los hombres como Thorne, quienes se apoderan de la joven ofrecida en bandeja, por las injusticias de la vida?

El inglés se olvidó de mí. En una fiesta me enteré que se había juntado, discretamente, con la mujer de un general de la Gran Colombia. Ya no seguí jugando con Bolívar diciéndole que me iba a Inglaterra, ambos estábamos convencidos de la fuerza de nuestra unión.

¿DÓNDE ESTÁ
LA BELLA?

—¿DÓNDE ESTÁ LA BELLA de esta casa? —entró preguntando don Simón Rodríguez.

—Aquí don Simón —y no me diga bella que me recuerda vainas pasadas.

—¡Manuelita!, ¿qué pasó con ese léxico? —preguntó asombrado mientras se acercaba.

—Los malos ratos me hacen amnésica —contesté riendo e hice a un lado el enojo para saludarlo. Me entregó esta carta, la cual llevaba en su bolsillo desde hacía unas semanas.

Mi adorada: ¿Con que tú no me contestas claramente sobre tu terrible viaje a Londres????!!! ¿Es posible, mi amiga? Vamos, no te vengas con enigmas misteriosos. Di Vmd. la verdad; y no se vaya Vmd. a ninguna parte. Yo la quiero resueltamente.

Responde a lo que te escribí el otro día de un modo que yo pueda saber con certeza tu determinación.

Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte, y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los contactos. ¿A que tú no quieres tanto como yo? Pues bien, ésta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo.

A la mujer única como tú me llamas a mí.

Tuyo

Mientras yo leía, él entre cazos de cobre dirigió a Jonatán en la elaboración de un dulce de lechoza verde, receta de su familia en Venezuela, que se le antojaba comer.

—La fruta debe escogerse escurriendo leche, la corta uno en tajadas y se ponen a remojar en agua con sal, luego a hervir en melado de papelón con canela y basta, mientras más tiempo hierva, mejor queda —le decía cariñosamente a la negra.

Se me endulzó la memoria, y le conté algo que pocos sabían. Hacía unas cuantas noches que se presentaron tres embozados a la casa, sus capas les cubrían parte del rostro. Mi mal humor no les permitió entrar hasta que escuché un acento agradable. —Hay que dar posada al peregrino —dijo entonces, desde la puerta, alguien con voz conocida.

—Que pase el hablador y diga qué desea.

El peregrino me envolvió en disculpas hasta la madrugada, me hizo suya y él fue mío. Fuimos únicos una vez más. Desistí de viajar a Londres.

—Yo no nací para este continente —le confesé al anciano—. Thorne me enseñó a desear la vida en Inglaterra y su discípulo a admirarla por sus avances y comportamiento cívico. Ahora que la vida nos ha hecho amigos, le hablo con toda confianza, aprendo muchas cosas. Sé por usted que mientras en América los hombres lucharon por la independencia, en Inglaterra las mujeres demandaban el derecho al voto.

—Algún día en América la mujer será aquella del Génesis que Dios creó junto con el hombre para dominar sobre la tierra —dijo con fuerza, deseando que nuestro mundo envejeciera.

Se me soltó la lengua y le conté también la discusión que acabó en incendio un día en que fumaba tabaco. Coincidió esto con la lectura de una carta que dictó al amanuense, para su hermana María Antonia, le decía:

—“Es impropio de señoras mezclarse en los negocios políticos”. —Para calmar mi desacuerdo encendí un tabaco, comencé a oír las chispas y ellas trajeron esta frase de un escritor del porvenir: “La inteligencia seca los ovarios”, la repetí en voz alta y él, que tendido en su hamaca, para alejarse del olor que detestaba, pretendía dormir una siesta, se incorporó, cierta risa escapó de sus labios, no obstante para consolarme dijo que yo era diferente.

—Tus ovarios están sembrados con semillas de hierro para engendrar esa fortaleza por ti transmitida al sentir cansancio el ser amado; de esperanza, para que nazca el optimismo y pueda avanzar en su empresa; de constancia, para amamantar el ánimo tan necesario en cualquier soldado y de pasión, de la que hace parir nuevas naciones.

Sonreí con desdén y continué hablando sobre las carencias de nuestros pueblos. Prestó poca atención, se acercó a la ventana y lanzó al viento su voz: —“Moral y luces son nuestras primeras necesidades”. Me lo quedé viendo con incredulidad, quería hacerle notar mis dudas.

—Recuerda que mis pies desatan lo que la cabeza no puede atar —le dije al responder a su tos nerviosa y a la mirada de reprimenda. —Moral y luces —repetí varias veces.

—Moral para las mujeres y luces para los hombres ¿era ésa la pretensión oculta? ¿No comprendía que al no existir igualdad de oportunidades no veríamos resultados? Mientras el hombre y la mujer sean sólo pareja para el lecho y esa moral y esas luces comparsa para un discurso, el continente será gris y los logros, himno que se evade en un soplido —pensé, fijando la mirada en su figura.

Se acercó sigiloso como un puma, tomó con fuerza mis manos entre las suyas y el tabaco encendido cayó sobre

la cama, cubierta con una colcha tejida en crochet por sus admiradoras de Guayaquil.

—Me haces daño, ¿qué te crees? —le dije molesta al rescatarlas, mas su aliento fue soplo disipador de enojo sobre mi rostro y sus labios un sello de paz sobre los míos. Dio vuelta a mi mano derecha, la acarició y se burló de ella.

—Tienes corto alcance. Nunca podrás tocar los grandes acordes en esta vida. Eres mujer de pocas notas.

—Sin embargo, alcanzo a encerrar en esta otra, sílabas de la mujer que canta y se asombra de su suerte —contesté furiosa, mostrando la mano izquierda cerrada en un puño.

Tomó el arrugado pliego que le extendí y leyó: —*¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos?... ¡Ah! velo, pues, y búrlese en buena hora de mi baldón la gente.* Lo guardó pensativo, caminando hacia mí como un César en casa. No pude escuchar su comentario sobre los versos de Gertrudis, un fuerte olor a plumas y algodón quemados, además del humo que provenía de nuestro lecho, nos hizo salir con azoro de la habitación.

—Tremendos Manuela, ese fuego era grande —dijo don Simón entusiasmado.

—No maestro, un tronco de vaina —le dije, agarré el bastón y salí a tomar aire a bocanadas para aquietar mi corazón.

—Espera, quizás algo de culpa sea mía, le enseñé a admirar a Rousseau, y entre lo bueno y lo no tan bueno, ahora que te conozco, está su recomendación de mantener a las mujeres alejadas de las letras —confió con desaliento.

—Sí, para este filósofo, el mejor discípulo era el huérfano —le grité enojada aunque luego me arrepentí.

—Tienes razón, como nuestro Simón Bolívar, fue el mejor alumno, un huérfano de padre y madre —agregó bajando su cabeza, y continuó —mas debo informarte que en mis consejos para la educación al Colegio de Lacatunga digo:

—*A las mujeres se impartirá instrucción y se les enseñará oficio...*

—*“para que no se prostituyan ni hagan del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia”* —repetimos los dos al mismo tiempo.

Unas lágrimas rodaron por el rostro lleno de arrugas del viejo amigo, su tristeza me inspiró una ternura ya olvidada, lo tomé del brazo y juntos entramos al comedor de la casa a probar ese dulce de lechoza que olía a gloria. Un indígena sentado en la calle tocaba una de esas flautas hechas con las plumas del cóndor, le arrancaba sonidos melancólicos que herían el recuerdo.

¿CONTRA QUIÉN
GUERREAMOS?

—TE VES PRECIOSA, MANUELA, pareces una sevillana —dijo Bolívar cuando coloqué la mantilla sobre mi cabeza; la extrañeza de mis ojos le hizo agregar: —sin olvidar que éstas son españolas, mas también sin hacer a un lado que son mujeres bellísimas, dignas de amarse hasta morir —dijo con su habitual picardía al referirse a su gran debilidad, la mujer. Luego, sin despegar la vista del piso, añadió: —María Teresa era española.

Nunca más le oí nombrar a su esposa. Yo me la imaginaba en un cuadro, cerca del lecho, vestida con un camisón blanco adornado de finos encajes y con un rombo que mostraba el monte tembloroso que ofrecería al marido. A su lado mi falta de pudor y de remilgos haciendo vibrar a su esposo.

—No podemos negar la fuerza de esa sangre —comenté—. Oímos las saetas y tarareamos por inercia. Nos cantan una copla y enseguida llevamos el compás con las palmas. Algunas veces me pregunto: ¿contra quién guerreamos? Somos los mismos, estamos emparentados. Hay hermanos entre los soldados y oficiales de ambos bandos. Los afectos se dividen y el dolor de las madres es intenso, al dar sus hijos a la patria o a la corona. —Entonces —le pregunté—, ¿qué ganamos Simón?

—No sé, eso no lo veremos ni tú ni yo, lo verán otros a quienes la historia les contestará sus preguntas —dijo preocupado, mas añadió con seguridad—: *La libertad me es más querida que el bienestar. Como bien me enseñó mi maestro.* —Luego tomó mis manos entre las suyas y confesó que al palpar el lujo de las ciudades, edificios y monumentos del

mundo de Fernando VII, de repente sintió náuseas, sobre todo al pensar en cómo lo obtuvieron.

—Pienso que la madre patria fue la que nos dio el “no ser” y esas bellezas que tanto pregonaban nuestros antepasados, soñando con regresar algún día, a verlas de nuevo, producen tristeza en mi corazón, imagino los retablos de los templos ostentando en su brillo el desgaste de miles de incas, quienes eran arrancados de sus tierras por la fuerza, para trabajar sin descanso y cargados como bestias salían de las minas de Potosí o tantas otras, después de haber raspado el fondo del patrimonio de sus hijos.

Una vez comentando lo anterior con unos viajeros alemanes, me recitaron parte de un romance de una monja mexicana, quien le reclamaba en versos, a Europa, su crueldad.

*Europa mejor lo diga,
Pues ha tanto que, insaciable,
De sus abundantes venas
Desangra los minerales,*

De los techos de los palacios allende o de los que habitaron en América colgaba la herencia de estos pueblos, dizque libertos, y los muros de sus casas fueron tapizados con el sudor y los miedos de todo un continente.

Recordé mi experiencia cuando lo acompañé en el Alto Perú. Los indios aimaraes celebraban la llegada de la primavera frente a la Puerta del Sol en Tiahuanaco, Bolívar era el invitado de honor.

Pasamos esa noche en vela, el frío era intenso. Esperando el amanecer alrededor de una hoguera, nos arropamos con ruanas de colores y nos calentó un té de hojas de coca.

—Son tan escasos los momentos en que convivimos, que la calidez de esta noche, junto a la luz de la luna y las flamas, es gratificante por el solo hecho de acurrucarme en tu hombro.
—Sí. Parece como que si el universo nos perteneciera —dijo reflexionando muy quedo.

—Es porque hemos descubierto a Venus reflejándose en las heladas aguas del Titicaca, mientras sale el sol.

—Tú tienes la respuesta. Sólo un instante, mientras sale el sol.

De pronto interrumpió nuestra meditación el más anciano de la Tribu para dirigir unas palabras de bienvenida.

—El espíritu de Túpac Amaru está entre nosotros.

—¿Quién es ése? —le pregunté al oído. No me contestó, se puso de pie y aprovechó para responderme y hacer que otros también lo recordaran.

—Antes de que pensarán otros pueblos en pedir justicia y rebelarse, inclusive en el Viejo Mundo, este inca inició sus gestiones pacíficas ante las autoridades españolas, para que se diera término a los sistemas conocidos como mita y encomiendas. Proponía la liberación de los ayllúes.

—¿Son esos las unidades productivas agrícolas que poseían las familias? —preguntó uno de los edecanes del Libertador.

—Así es. Con una ascendencia común —respondió continuando con su discurso—.

También abogaba por la abolición de la esclavitud de sus hermanos en las minas. La infructuosa búsqueda de soluciones legales a sus reclamos y a los sufrimientos de su pueblo le obligó a sublevarse.

—¿Tuvo éxito la sublevación? —pregunté cuando regresó a su lugar.

—Sí. En varias ciudades lo siguieron los indígenas y salió victorioso en algunos enfrentamientos. Preocupado el gobierno del Alto Perú, por la creciente popularidad del insurgente, en nombre del virrey lo capturaron y lo decapitaron en la plaza mayor de Cuzco.

—¿Qué más se sabe de este personaje? ¿Quién era? ¿Así se llamaba? ¡Me interesa!

—Se sabe muy poco. Todo quedó en leyenda y nadie se atrevía a hablar mucho de este precursor. —Cerró los ojos y así se quedó, invitándome a dejarlo tranquilo, esperando el nuevo día.

Mi corazón latía con una fuerza extraña, como si presintiera un gran descubrimiento. Me propuse investigar sobre este hombre. Caminé entre el pelotón de granaderos que nos acompañó, oí sus chanzas y me reí con ellos de sus ocurrencias.

—¿Qué me cuentan del precursor? —les pregunté a algunos de los oficiales nativos.

—No mucho. Después de aquel frustrado intento de liberación, lo recordamos con nuestra música y los bailes.

—¿Cómo es eso? Explíquenme por favor.

—En las llamadas fiestas del relato, damos a conocer la historia de la Conquista en versión inca y el injusto bando proclamado con motivo del ajusticiamiento de Túpac Amaru.

Entonces comprendí la razón de los cargadores a mi llegada, para retirarse como espantados al pasar por la plaza mayor de Cuzco.

—¿Cuál bando? —les pregunté sin obtener respuesta convincente.

—Uno que dicen colocaron los del ayuntamiento, por todos los muros, mas nunca lo hemos visto.

Al día siguiente de nuestro regreso, platicué con uno de los sargentos, muy entrado en intimidades con Jonatán. Habló poco.

Antes me cercioré: —¿Tienes miedo?

—La verdad, siento un gran respeto y casi nadie toca este tema con palabras, pero la voy a recomendar con mi padrino. Él es un primo lejano de la familia, y desde hace muchos años es el sacristán de la catedral de Cuzco.

Fui a visitar al primo, me hizo recorrer toda la iglesia, capilla por capilla, altar por altar. Caminando le comentaba mis inquietudes. Entramos a la sacristía por una pequeña puerta, al lado del altar mayor, allí me dejó entre los libros apilados sobre una mesa y se retiró a seguir cuidando las rosas que se contemplaban desde una ventana con vidrios de colores.

—Busca el acta de José Gabriel Condorcanqui, tal vez halles algo, hija mía —me dijo antes de partir.

Había orden en los documentos archivados, no me llevó mucho tiempo llegar a donde debía y tampoco costaba trabajo entender la bella caligrafía de los monjes. Noté algo diferente en aquella acta, se sentía al tacto un poco más gruesa que el resto, estuve tocándola hasta que una punta se abrió, entonces, curiosa como siempre, ayudé al tiempo a desprenderse del papel, que un leve engrudo pegó a esta “Fe de bautismo”. Imagínese, viejo querido ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar este edicto!

Por causa del rebelde, mándese que los naturales se deshagan o entreguen a sus corregidores cuantas vestiduras tuvieren, como igualmente las pinturas o retratos de sus incas, los cuales se borrarán indefectiblemente, como que no merecen la dignidad de estar pintados en tales sitios.

Por causa del rebelde celarán los mismos corregidores que no se representen en ningún pueblo de sus respectivas provincias, comedias u otras funciones públicas de las que suelen usar los indios para memoria de sus hechos antiguos.

Por causa del rebelde, prohíbense las trompetas o clarines que usan los indios en sus funciones, a las que llaman pututos, y que son unos caracoles marinos de un sonido extraño y lúgubre.

Por causa del rebelde, mándase a los naturales que sigan los trajes que les señalan las leyes; se vistan de nuestras costumbres españolas y hablen la lengua castellana, bajo las penas más rigurosas y justas contra los desobedientes.

Este bando contestaba casi todas mis preguntas, José Gabriel Condorcanqui era Túpac Amaru, lo acabé de despegar, lo guardé en mi bolso y me despedí del sacristán. Hice venir a la casa al sargento amigo de Jonatán.

—¿Por qué no mencionaste este bando cuando te interrogué sobre Túpac Amaru? —le reclamé al sargento al regresar, mostrándole el documento.

—Doña Manuela, no se enoje, nunca lo hemos oído, no conocemos sus palabras, sólo sabemos su música.

La antigua civilización seguía en pie, en las fiestas de carnaval se desquitaban, el diablo al fin andaba suelto, salía toda la efervescencia incaica dentro de ellos, se oían las quenas y el canto yaraví dulce y melancólico, la música rodaba por caminos y atajos y los trajes escondían en su colorido el origen. La mirada de los indios cambiaba, por esa única vez me pareció alegre. Aquella fiesta era la presencia nostálgica del relato de la destrucción del inca admirado.

—*Unos luchan por el pan, otros por la moneda con qué comprarlo* —dijo el maestro, convencido, cuando se lo conté.

Apreté cariñosamente el brazo del anciano, ambos nos sentíamos como los parientes robados por el albacea. Esa riqueza que nunca contemplamos y que nos presumían los realistas que se fueron, era de Isabel la del intendente, de los medieros de los Aizpuru, de Julián el soldado ¿y mía? Tal vez también mía. Eran las entrañas de mi tierra.

—¿Le mostraste a nuestro Simón el edicto?

—Claro. Dijo que ya podrían vivir en paz y conocer la verdadera historia del patriota. No obstante, algo andaba dentro de mí incitándome a seguir investigando.

Encendí el tabaco cuya punta mascaba y le prometí continuar con el relato otro día. Las chispas se enojaron junto conmigo y protestaban también. Los que se fueron nos dejaron la lengua, avergonzándonos de la aborigen, la religión, haciéndonos enterrar a los viejos dioses y a muchos se les quedó el hábito de convertirse en ricos a costa de exprimir a los otros.

¿POR QUÉ
ESE NOMBRE?

—MI AMA, DESPIÉRTESE, abajo la espera una persona importante —decía Jonatán a mi lado, atreviéndose a algo prohibido: interrumpir mi siesta.

Me estiré en el chinchorro y sacudí mi cabeza. Con los ojos todavía cerrados pensé: —ya estoy vieja—. Asocio este despertar con vivencias de hace tiempo. Regresé unos cuantos años, cuando me estiré en una cama de Cuzco, mientras hacía las cobijas de colores a un lado.

—¿Quién es tan grande que te hace impedir que siga durmiendo? —le pregunté en esa ocasión.

—El primo de Pancho, el sargento, ¿se acuerda, niña? Es el sacristán de la Catedral.

—Dile que enseguida lo atiendo, hazlo pasar y ofrécele un té de hojas para calentarse y a mí tráeme un té de manzanilla, el pastel de choclo es difícil de digerir.

—Ya se dio cuenta el primo de que falta el edicto —me dije—; sin embargo, ¿por qué lo va a reclamar, si yo lo descubrí?

—Doña Manuela, no se preocupe —fueron sus palabras al saludarme—. Vengo a relatarle una historia de indios, rogándole discreción. Aunque ya somos libres y no debemos temer a represalias, ¿no es cierto?

—Cierto, pero no estoy preocupada; comience su relato, que en esta casa no hay altares para ir paseando. Le dije así para que se olvidara de tanta ceremonia y fuera al grano. Mi carácter me hace ser poco amable algunas veces, siempre traigo prisa y no le dedico a los demás el tiempo que merecen. Me apena, sin embargo, he aprendido con los años, y todos

los que me rodean se han enseñado a vivir con mi delirio por la actividad.

—Durante décadas algún miembro de la familia ha sido sacristán en la catedral de Cuzco —confiaba con orgullo—. En la época del ajusticiamiento de José Gabriel, el rebelde, estaba un tío, yo soy el sucesor y me confió el secreto que vuestra merced por obra y gracia del Señor descubrió. Nuestra familia y, estoy seguro, la ciudad también, se siente honrada con que haya llegado a sus manos la prueba de la injusticia cometida contra nuestros hermanos. Muéstrela por favor al general Bolívar. Ya es el tiempo de asolear recuerdos.

—Claro que lo haré, mas dígame ¿por qué pegado a José Gabriel Condorcanqui, un cristiano?

—Condorcanqui tomó el nombre del inca que se rebeló en contra de los invasores, para luchar por los naturales.

—¿Por qué Túpac Amaru? —pregunté con respeto y una gran ansiedad por saber más sobre él.

—Era como se llamaba el último de los descendientes directos de los hijos del Sol y la Luna, éste ofreció resistencia a los conquistadores y fue decapitado aquí, en Cuzco.

Sentí escalofrío en todo mi cuerpo, le pedí decirme cómo era el primer Túpac Amaru. No sabía, se lavaron todas las imágenes y se destruyeron las figuras.

—Imagínese de estatura mayor a la de los incas actuales, de complexión delgada; el pecado de la gula no existía entonces entre nosotros. La piel aceitunada como la de muchos, del color de la tierra que los parió.

La cabeza me daba vueltas, no estaba allí con el sacristán. Me desmayé. Él salió a pedir auxilio y llegó Jonatán.

—Se lo dije mi ama, ya estamos llegando a un final.

—¿Qué dices Jonatán, a qué te refieres?

—Tu indio niña, siempre quisiste saber quién era tu protector.

—No. No lo puedo creer. ¿Es Túpac Amaru, el hijo menor del Manco Inca?

Los tres vimos en la habitación un gran rayo de luz, que luego fue una sombra y oímos una risa seductora y agradable. Jonatán comenzó a regar pizco en el piso para que lo bebiera el indio. Decía alabanzas para brindar con él y le agradecía por aparecerse y cuidarme. El sacristán huyó despavorido, gritando:

—¡En esta casa espantan!

Me invadió una sensación de paz muy cálida, este encuentro había sido siempre deseado y a veces olvidado, para solamente pedir y pedir por las necesidades. El miedo se desvaneció y una gran dicha me acompañó.

Todavía se me presenta el indio, nos saludamos como grandes amigos, le cuento mis angustias y alegrías. Está siempre a mi lado y no tengo que invocarlo, sé que vigila mis pasos.

¿DE DÓNDE LE
VIENEN LOS RIZOS
AL BLANCO?

JONATÁN ME AVISÓ al abrir la puerta de la habitación: —La busca el hortelano de los Salazar y Salazar. Lo hice pasar al recibidor.

—¿Qué se le ofrecerá? —dije al caminar rumbo a la sala.

—Buenos días tenga vuestra merced. Vengo por la Rosa, doña Manuela —espetó después de saludar—. Ya sé que es su ahijada y que no lo va a permitir. Nos queremos casar, pero no aquí en la hacienda, lo haremos lejos, en la sierra.

—Cásense. Sin embargo, no entiendo, si la quieres bien ¿por qué no te casas en la hacienda? Seguramente los patrones te harán la fiesta. ¿O es que no aceptan a Rosa por ser la entenada de mi amiga la cacica Isabel?

—No es eso, es que quiero todos mis hijos del color de mis abuelos, de ojos negros como pepas de chirimoya, quemados por ver de frente al sol. No quiero un catire de pelo ensortijado, con piel delicada y ojos de conejo que se cierran cuando ven la luz.

—Ya eso se acabó Pedro, los tiempos han cambiado, o ¿de qué nos sirve la independencia?

—No, mi doña, seguimos igual y yo no voy a dejar que a mi Rosa la preñe otro, por muy patrón que sea. La quiero solamente para mí. Yo sabía que con usted no arreglaría nada, vine por complacer a su ahijada.

Se fue sin despedirse. No podía creer aquello, el derecho de pernada se había terminado con la guerra. Al día siguiente ordené al cochero preparara un carruaje, salí con Jonatán

rumbo a la hacienda de los Salazares, como me gustaba llamarlos.

Al interrogar en el camino a los lugareños, sobre lo que nos preocupaba, asentían. Desgraciadamente era cierto. Los hijos del dueño, un viejo chocho y cansado, hacían valer esta tradición, turnándose para disfrutar de la primera noche con las recién desposadas. Me dirigí a la casa de la hacienda.

Don Lázaro me recibió amablemente, como de costumbre; en otras ocasiones había visitado su casa y asistido a sus saraos acompañada del general Bolívar... y tiempo atrás como invitada del general San Martín. Creía inspirarle respeto.

—¿Qué la trae por aquí, Manuela?

—Usted me conoce, no me gusta perder el tiempo. Vengo a estrujarle en la cara la liviandad de sus hijos.

—¿Con que de eso se trata? Y ¿quién es usted para reclamar?

—Manuela Sáenz, una mujer sola. —Entonces vi cómo se levantó de la silla y sus ojos libidinosos me comían, los labios gruesos, ensalivados por aquella lengua hambrienta que los humedecía me dieron asco, y cuando sentí su mano sudorosa en mi brazo, deslizándose del hombro al codo, no pude contenerme y lo empujé. Él perdió el equilibrio y cayó sobre la duela. Salí de prisa, sin ver las consecuencias de la caída, el mayordomo me acompañó al carruaje y ordené que regresáramos a casa.

—Mi ama, ¿qué sucede?, está pálida. Umm. ¿O es que el patrón de la hacienda quiso hacer de las suyas con usted, igual que hace con las niñas de los alrededores?

—Sí. Lo intentó, pero le di un empujón y cayó al suelo, no sé qué le sucedió. Ve por Pedro cuando lleguemos a la casa.

—Pedro, ¿qué sabes de tu patrón?

—Tiene la cabeza vendada, dicen que se tropezó con las ramas de un árbol al ver a una cuaima.

—¡Me alegro! ¿Sigues queriéndote llevar a Rosa? Porque si es así, llévatela a la sierra, ya hablé con el padre Samuel, él los va a casar. Regresa a tu trabajo y si te dicen algo, me avisas.

Supé por la cocinera de la casa que se habían robado a Rosa, y después, que Pedro se juntó con ella. Un día llegó la ahijada a la casa, arrastrando un hijo y cargando en brazos a un recién nacido. El que tomaba de la mano tenía la nariz llena de mocos secos y cuarteaduras en las mejillas, como los surcos en la tierra arada por su padre, era igual a él, el vivo retrato de Pedro, pero el pequeño era una copia del Niño Jesús que nos dan a besar en la misa de Navidad.

—¡Ah carajera! ¿Qué pasó aquí? ¿Quién te hizo el favor?
—no pude dejar de preguntar al ver aquel niño en los brazos canela de mi ahijada.

—No diga eso madrina, usted conoce cómo soy y sabe que no le faltaría a Pedro. Él no lo cree, se emborrachó una noche, enloqueció, me pegó con lo que encontraba a su paso y dijo que saliera de esa casa. No sabía a dónde ir, por eso estoy aquí.

Pedro la había echado de su lado al ver un hijo, tal cual y como no lo deseaba: rubio, de pelo rizado y con ojos azules, de los que no ven al sol de frente.

—Fuimos a charlar con usted, don Simón, ¿se acuerda?

—Pensándolo bien, sí, sí me acuerdo, me divertió mucho lo que sucedió.

—Sí, fuimos a pedir consejo y usted, bribón como siempre, lo que hizo fue reírse a mandíbula batiente y decir:

—¿Qué se cree tu hombre? Su sangre está tiznada con ritmos y vaivén africano, aunque él lo baile y no lo note; blanqueada con el sonsonete de las eses, las ces y las zetas en el oído de la india, aunque él sospeche y no lo acepte. Esto es América y si no, díganme ¿de dónde le vienen los rizos al blanco, barba al indio y canas al negro?

Se quedó riendo esa vez, como ahora que la brisa del atardecer nos refresca la memoria y recordamos a Rosa y a su escrupuloso amante.

¿HARÁN CASO
LOS RECTORES?

—SE QUEDARON MUCHAS COSAS por hacer —lamentaba Jonatán cuando se fue a dormir.

Con mi cabeza sobre la almohada, pensaba en que a todos también se nos quedan muchas cosas por hacer, hasta a los inmortales, y dormí reviviendo escenas de mis momentos al lado de un hombre que no quiere morir.

El recibimiento que le dispensó la sociedad limeña fue grato, propició una de las etapas más placenteras de nuestra vida.

—Quisiera quedarme en Lima. El país me cree, descarga sus angustias en mí, y no soy todopoderoso.

—Cuidado. No te vayas a sentir un rey sin corona.

—Esta gente tiene miedo a la anarquía, y no me atrevo a dejarlos.

Había sueños que necesitaban de su organización, como el Congreso de Panamá. Correos iban y venían entre oficiales, subalternos e intelectuales entusiastas del proyecto. A su lado, su maestro Simón Rodríguez, le aconsejaba.

Partió desde El Callao hacia Guayaquil y de allí a Bogotá para entrevistarse con Francisco de Paula Santander; fue cuando su nombre comenzó a sonar entre nosotros con mayor intensidad. A su cargo estaba el gobierno de Colombia y también parte de la organización del Congreso.

Me quedé en Lima a esperar su regreso del Istmo, sabíamos que en el Convento de San Francisco sería la asamblea.

—Te va a gustar ese edificio, y te acordarás de mí. Allí viví momentos agradables, cuando de niña acompañaba a

Francisca a prenderle velas a su patrono, el cuatro de octubre; o en cualquier otra fecha si deseábamos que castigara con un cordonazo a los que nos fastidiaban.

Le describí la ciudad por mí conocida de la mano de mi aya y compañera, exageraré en cuanto al clima, muy caluroso, para que se cuidara y sobre todo le recomendé untarse el aceite con eucalipto que le preparó Jonatán, para repeler a los zancudos.

—Prométeme que enviarás correos continuos.

—Lo prometo. Te informaré sobre el desarrollo y los acuerdos de la asamblea para que lo divulgues entre los interesados. Supe que fueron representantes de la República del Perú, de la Gran Colombia, de Centro América y de los Estados Unidos Mejicanos; Chile se tardó un poco en autorizar el nombramiento de un representante y no llegó a tiempo a la reunión, Argentina tampoco estuvo presente.

Pensé: —¿Aún con rencores?

Hubo algo que me extrañó y de lo que nunca le oí hablar a Simón; asistieron observadores extranjeros, los había invitado Santander. Desde esa vez me cayó mal ese hombre, se destapó el ingrato. ¿Qué tenían que enterarse de nuestros asuntos los del Reino Unido de la Gran Bretaña o los del Reino de Holanda? a quienes en Venezuela José Antonio Páez el gobernante, muy a su manera, ya les había invitado a su reina a bailar un joropo en el llano.

Reí, reí mucho. —Eso es de lo poco que me gusta recordar de ese catire, a quien ahora pateo y le hago dar vueltas cuando le jalo su cola. —Pensé en voz alta, y solté otra carcajada que me produjo un ataque de tos. En seguida llegó Jonatán, me dio a beber un té de flores de tila.

—¿Quién me la hizo reír de esa forma? —preguntó Jonatán con picardía.

—Páez, antes de ser mi perro —le confesé. Me lo imaginaba llanero bragado, en su calidad de autoridad de un país, contestándole sin temor y con sus refranes no traducibles, al embajador de Holanda para que lo dejaran en paz.

Volví a colocar mi cabeza sobre la almohada y seguí recordando. Ese condenado de Santander hizo cada cosa dentro de la organización del Congreso que me alegro de no haber vivido el mal rato, de presenciar las rabietas de Bolívar, sobre todo cuando supo que no invitó a la República de Haití.

—¡Ah carajera! —fue lo único que pude decir cuando lo supe, me quedé muda ante la noticia y más aún cuando leí las razones: porque “siendo una república de color, atraería perjuicios a la causa americana ante la opinión de las potencias europeas”.

—¡Ah, mundo tan pequeño el de Santander! —exclamó don Simón Rodríguez cuando se lo conté—. En el mío y en el de otros cabemos blancos, indios, negros y hasta los amarillos.

Me imagino el disgusto causado a Bolívar, quien mantenía vivo el agradecimiento hacia su amigo el mariscal Petión. Esa exclusión invalidaba uno de los puntos propuestos por él para su estudio en la asamblea.

Mi General no regresó muy contento, esperaba más de aquella reunión; no obstante, era la primera vez que se unía América, como le decía su maestro querido y ése fue un gran logro.

—“Si quieren ser libres, sean amigos” —repetía entusiasta transmitiéndole ánimo a su discípulo. Soñaba junto a él con ver a los americanos pasearse en un continente, cargados de orden, unión, paz y amistad, pero también había previsto lo que siempre repite como una letanía: “Los pueblos de América no han sido monárquicos, sino colonos: es decir que jamás pensarán en gobiernos, sino en mantenerse y obedecer”.

—Usted es un sabio —le dije al viejo maestro. Lo abracé impetuosa y al querer besarle le tiré sus lentes.

En mis oídos resuenan las palabras de don Simón, cuando veo a las mujeres sentadas en la plaza mayor, haciendo trueque con sus yerbas u hortalizas y descubren su pecho flácido para entretener al hijo, que llora de hambre. Cuando tropiezo con la madre niña, cuyo cuerpo se dobla al llevar amarrado al menor de sus hermanos sobre la espalda. Cuando contemplo los surcos labrados por lágrimas rodantes en las caras de niños con mirada de águila, a quienes la vida enjaulará. Cuando me acerco a los viejos de las tribus y con los ojos hablamos de una esperanza común que rescate a su gente. Vuelven a sonar al reconocer al maestro, el mío y el de todos en sus consejos al rector del Colegio de San Vicente:

—¿Es posible que vivamos con los indios, sin entenderlos? Bien merecen los dueños del país, los que mantienen el gobierno y la Iglesia con su dinero y a los particulares con su trabajo, que enseñen a sus hijos a hablar, a escribir, a llevar cuentas y a tratar con decencia...

Volví la cara hacia la ventana, estaba abierta como siempre en las noches calurosas, contemplé el cielo lleno de estrellas, recé igual que cuando niña, al lado de Francisca y pedí un lugar al lado de los que se fueron y están allí. Los perros comenzaron a ladrar, tomé la almohada y se la tiré a Santander, siempre Santander.

¿QUIÉN ES ESA
MADEMOISELLE?

HABÍA REGRESADO A LA CAPITAL, eran muchos los asuntos pendientes y por organizar en la Gran Colombia. A mi casa llegaban correos y mensajes para transmitírselos al Libertador. Él partió para la Magdalena.

—Acompáñame a Londres —insistía Thorne, ofreciéndome la oportunidad de comenzar de nuevo y vivir como un matrimonio cristiano.

—No. Lo siento, ya sabes la respuesta, una y mil veces no. Ya te dije que cambiarte por Bolívar es algo, por cualquiera sería un pecado.

No obstante, jugaba con Simón, a quien le hice saber la insistencia de mi marido y hasta que me mataría ante tal indecisión. Me envió una carta con su maestro y ésta llenó mi vida de fuerza para decirle una vez más a Thorne, adiós. Pero la que me mandó desde Ibarra mantuvo encendido mi corazón.

Mi encantadora Manuela: Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado; todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. ¡Oh no!, a nadie amo; a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates. Vive para mí y para ti; vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte.

Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquititas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa si no rezo, estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No sé escribir.

Trabajé con entusiasmo por la paz y para mantener viva la imagen de Bolívar en la capital peruana, conservando a los seguidores y convenciendo a los renuentes y desconfiados aristócratas de apoyarlo. San Martín había sido un presidente amado y debíamos evitar la división del país.

El general Sucre me visitaba, su mujer era una bella hija de realistas. Un día llevó a casa un tesoro: la bandera que trajo el conquistador Pizarro a Cuzco, la enviaba a Caracas como regalo para el Libertador.

—Representa trescientos años de sometimiento, iniciados por la Conquista, quien convirtió el bello templo del Sol en Iglesia —me dijo al encargarme su envío.

Mi comportamiento no dejaba qué desear, separada de Thorne vivía tranquila, hasta asistía a misa en la catedral, claro que a la salida en la plaza mayor, las señoras respetables cuchicheaban aun después de rezar miles de padrenuestros.

No obstante, mi suerte volvió a cambiar cuando un hijo de los Aleaga me invitó a su casa, una de las más ricas de Lima. Decía esta familia ser descendiente de Jerónimo Aleaga, pariente del conquistador Pizarro. La casa era bella, desde la entrada señorial, sus rejas, el patio, las plantas bien cuidadas y los salones decorados con óleos, muebles traídos desde la península, piezas de plata y tapicería lujosa.

—Usted sabe, doña Manuela, que tenemos negocios en el Alto Perú, ahora Bolivia. La familia siempre ha sido dueña de minas. ¿Sería posible que hablara con los del gobierno para obtener protección para estas propiedades?

—Trataré de hacerlo. Gracias por la invitación.

Me apresuré a conseguirlo, rogué en varias oportunidades al oficial de guardia, y lo concedió con la condición de que Bolívar lo autorizara. En el correo llegó la confirmación del Libertador. Se respetaba la propiedad privada. La señora Aleaga me invitó a la procesión del Señor de los Milagros.

También se vino entre esta correspondencia, para su envío, una carta dirigida a mademoiselle Suero y Larrea. No aguanté la curiosidad de leerla.

—¡Ah carajera! Hasta en francés me traiciona —exclamé y seguí leyendo.

—*Oh prodige ¡Une jeune beauté chantant un guerrier!* —le decía agradeciéndole un poema que le había enviado.

—¿Quién es esa mademoiselle? —le pregunté en cuanto pude.

—No sé, pero me dedicó un poema encantador.

—Si no la conoces, ¿cómo sabes que es una joven belleza?

—La fuerza de su poesía, cantando a un guerrero indica eso. Corresponde a una joven belleza —aseguró y me abrazó fuertemente. De nuevo me sentí la única.

¡Cómo me río del interés al acordarme de la noche en que asistí a la procesión, al lado de Mercedes Aleaga! Era una noche de octubre, de luna preciosa y todo Lima hacía sus oraciones y al mismo tiempo pecaba.

—Esa gente está haciendo morcilla p'al diablo —decía Jonatán a mis espaldas.

Las luces de aquellos cirios bailan en mis ojos, iluminando mi memoria agotada.

¿NI SIQUIERA
PARA AMARNOS?

LOS DÍAS SE HICIERON LARGOS. Cuidaba a mis animales, con la ayuda de Jonatán y varios de los sirvientes. Los gatos estaban muy consentidos, sólo comían alas de gallina. En el corral tenía una pajarera del tamaño de una habitación, con aves obsequiadas, traídas desde muchos lugares. Sus trinos hacían celestial el amanecer en mi casa. Pero las tardes eran eternas sin la presencia de Bolívar. Comencé a invitar a los poetas y promover veladas literarias. Al principio, varios intelectuales asistían, muchos aprovechaban para alimentarse y beber sin costo, después, cuando la aparición del Libertador se veía lejana en la ciudad, los limeños se fueron retirando.

Acabado el Congreso, supe que mi general se regresó a Ecuador, desde allí respondió a una de mis cartas, yo anhelaba verlo y Lima, sin él a mi lado, no era tan acogedora.

—*Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado* —me decía en ella.

—¿Cuál estado? —yo era la que no aguantaba la separación. Los rumores llegaban sobre sus amoríos, sentía celos, aunque trataba de no demostrarlo y desviaba mi preocupación hacia la suerte que corría la lucha por la independencia. Se moría la Federación Andina y en lugar de venir a Lima se fue a Maracaibo y a Puerto Cabello en busca de Páez.

Me desesperaba, ya no tenía paciencia para darles aliento a los enfermos del hospitalito.

—Hace tiempo que no nos visita, doña Manuela —reclamaron unos.

Los poetas me cansaron. Eran impuntuales y se peleaban unos con otros, hicieron bandos entre ellos y nunca reconocían el valor del trabajo de los demás. Mi salón se volvió un centro de críticas a los oficiosos sin logros. En una de esas tertulias sentí que me veían con lástima. Con picardía preguntaban por el Libertador y algunos generosos se ofrecieron a consolarme. Lo intentaron, no obstante, asomada en el patio envidiaba a Jonatán, sus noches eran más agradables que las mías.

—No es justo, Jonatán —protesté un día en que amanecí sin ganas de levantarme, con el corazón dolido y el cuerpo asqueado.

—Véngase conmigo, amita.

Prometí pensarlo cuando lo propuso.

Comprendía los motivos de la ausencia de mi amante y la importancia de esas entrevistas, sobre todo con José Antonio, el caudillo de los llanos; a él lo había nombrado jefe superior de Venezuela. Los correos seguían llegando, era triste leer su contenido, enterarse de la intención de Venezuela de separarse de la Gran Colombia. Llegó a Caracas, y al lado de Páez, en medio de los aplausos del pueblo fue recibido. Desde allí envió al Congreso de Bogotá una renuncia a la presidencia de la República y días después rompió definitivamente con Santander.

—*No me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo* —le decía en una carta.

Me contenté, una vez más, de no estar presente cuando la dictó —estoy segura—, le dije al amanuense cuando me facilitó el borrador con correcciones: —pensarían algunos que fue idea mía por caerme tan mal ese malnacido de Santander.

Las noticias venían revueltas, los mensajeros eran detenidos y no llegaban regularmente. No me atrevía a ir a Venezuela, allí no me querían.

Al conversar con uno de los tenientes de la guardia, éste me informó: —se rumora que el general salió de Caracas rumbo a Bogotá.

Dejé de soñar en que regresaría a Lima y fui a su encuentro. Ordené a Jonatán que empacara.

—Partiremos con un pequeño séquito, un mayordomo y también Fernanda, háblenle —pedí.

Se presentó la fiel cocinera, asustada ante el ajetreo de la mudanza.

—¿Desea que yo la acompañe? —preguntó la cocinera.

—Sí, Fernanda, nadie cocina como tú.

Ella me enseñó a elaborar dulces y conservas, los polvorones que deleitaban a Bolívar, aunque le provocaran tos, y me dio el secreto de su sazón, el que siempre celebraba mi general diciendo: —es único en el mundo.

Escortados por los oficiales asignados partimos sin avisar hacia Bogotá, donde tampoco me aceptaban. Me alojé en casa de un general amigo. Éste me consiguió luego una quinta en préstamo y avisó al Libertador.

El Congreso no aceptó su renuncia y a su regreso de Caracas lo hizo juramentarse como presidente; enfrentó una feroz oposición política. Le asignaron el Palacio de San Carlos para que lo habitara y despachara desde allí.

La ciudad era fría, en las calles, en las casas y en las caras de sus habitantes. Las calles estrechas y rectas. Las casas bajas y de tejas con unos balcones imitando a los de Lima, pero no tan bonitos. Había muy pocos paseos. La plaza era un cuadrado de manzana, sin árboles y siempre desierta, tal vez por el frío.

No me aguanté e interrogué a uno de los oficiales: —¿Por qué las señoras no salen, y las que he visto no sonríen. No se ven caminando en la calle?

—Prefieren hacerse llevar de un lado a otro en sillas de manos, cargadas por sirvientes en lugar de caminar.

—¡Ah, muy cómodo para la que va sentada!

—Todas las mañanas, la sociedad considerada respetable, en cuanto a política, letras o de posición, se ven en la catedral, y en la tarde a las cinco se reúnen en círculos literarios o a montar piezas de teatro.

—¿Cree que me inviten?

Muy franco el oficial, contestó —seguramente no, señora, su casa está en las afueras de Bogotá, lejos de ese mundo.

—Tienes razón, yo estoy lejos de este mundo.

A pesar de ser visible en Bogotá su sectarismo en cuanto a la tierra, los hombres y las costumbres, sus esperanzas no satisfechas fueron encarnadas por la figura de Bolívar y creo que la conservarán por mucho tiempo en el terreno de lo eterno, de lo recurrente, de lo que siempre importa.

Una tarde me fue a ver Pedro José Figueroa, deseaba pintar un retrato del Libertador y solicitaba mi intervención para que posara.

—Está difícil mantenerlo quieto —le dije risueña, pero le informé cómo habían hecho otros pintores. Escogían el tema y al final desarrollaban el rostro. Lo aparté de sus intenciones diciéndole que lo pintara copiando otros retratos, le mencioné el pintado por el peruano José Gil de Castro, del cual se expresaba Bolívar: “como hecho con la más grande exactitud y semejanza”. El Libertador nunca tenía tiempo. Ya ni siquiera para amarnos.

—Ni siquiera para amarnos, como nos hubiese gustado —pienso ahora, porque siempre conjugaríamos este verbo unidos.

¿SE ACABÓ
LA PASIÓN?

LA VIDA NOS REGALÓ DÍAS y noches inigualables en Bogotá, los Pumar nos invitaron a cenar y doña Altagracia se dirigía a mí como doña Manuela, sin embargo, procuraba no presentarme al resto de las damas.

Hubo algunas que me saludaban sin alzar la vista y pellizcaban a los maridos si éstos lo hacían.

—Son hipocresías con las cuales yo hago un manojito y lo echo a las cabras que ordeñan en las mañanas, para que Fernanda prepare la conserva que tanto te gusta —le dije a Simón al salir.

Comencé a ver cierto aburrimiento en mi General, no quiso bailar y en casa le notaba una inclinación desconocida a la ternura. Con su actitud despertó en mí ese sentimiento que ocultaba desde hace años en el fondo de mi corazón. No era preocupación, sé que a mi lado se olvidaba de todo, era un presentir el final, casi una despedida.

No me cansaba de reclamar: —los días compartidos son contados.

—Tengo que partir. Se divide Colombia y Páez en Venezuela insiste en separarse.

Se definían dos tendencias: una santanderista y otra bolivarista, deseaba también regresar a Venezuela.

Le escribí varias veces, su ausencia era inspiradora y la soledad un hechizo. Seguí leyendo *Eloísa*, para mí, la compañera ideal del *Emilio* de su admirado Rousseau, fue mi aliciente y así se lo hice saber en una de mis cartas.

Desde Bucaramanga me envió estas líneas, escritas de su puño y letra, las guardé debajo de mi almohada.

Albricias.

Recibí, mi buena Manuela, tus tres cartas que me han llenado de mil afectos: cada una tiene su mérito y su gracia particular. No falté a la oferta de la carta, pero no vi a Torres, y la mandé con Urdaneta, que te la dio. Una de tus cartas está muy tierna y me penetra de ternura, la otra me divirtió mucho por tu buen humor, y la tercera me satisface de las injurias pasadas y no merecidas. A todo voy a contestar con una palabra más elocuente que tu Eloísa, tu modelo. Me voy para Bogotá. Ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso en pasar a Cartagena y probablemente nos veremos muy pronto. ¿Qué tal? ¿No te gusta? Pues, amiga, así soy yo que te ama de toda su alma.

Con esas letras, las tuyas y las mías, ambos nos dimos cuenta de que la pasión se volvía ternura y nos embargaba, disfrutábamos del buen humor y no había necesidad de perdones. La unión se consolidaba entre nosotros y éramos más que amantes; nuestras almas se complementaban.

¿ME PERDONARÁ
DIOS?

SANTANDER SEGUÍA FASTIDIANDO. Jonatán obtuvo con su amigo el dotol Niguín la oración del tabaco. Éste era un esclavo liberto a quien consultaban los negros para remediar sus males. Jonatán lo apoyaba en sus rezos y en conseguir los elementos para sus altares. Como la vez en que desapareció tres días para buscar un ombligo de cincomesino, necesario en la curación y limpieza de una joven mulata poseída por malos espíritus.

Rezábamos todas las noches la oración para bajarle las fuerzas a Santander y sus partidarios. Sin embargo, como decía el “dotol”, mandinga estaba con ellos. Colocamos en un altar su retrato boca abajo, le prendimos velas y ofrecimos a las siete potencias africanas, tripas de camaleón, ojos de gato negro, lenguas de culebra, corazón de tucusito y piel de muerto en luna llena, mas no podíamos domar a los santanderistas.

—Alguien muy bueno pa’esto lo ayuda —decían— y debe ser el negrito Andrés.

Un día, después del almuerzo, no dormí siesta y en la mecedora, tomando café y escuchando la charrasca y el canto de unos llaneros, asignados por parte de Venezuela al Libertador, se me antojó un cigarro, al encenderlo sentí la presencia de Túpac, las chispas gritaban —¡quémalo, quémalo!

—Jonatán —grité—, ven acá.

Se acercó y ambas vimos al indio, las dos oímos la palabra fuego entre el humo que nos cubría.

Hablé con el comandante de los granaderos y algunos de los llaneros que tocaban el cuatro en su descanso.

—Espérenme fuera de la quinta, a la noche —les ordené—, los quiero armados con sus fusiles.

—Un adelanto doña Manuela —pidió el comandante.

—Una misión muy importante les será asignada.

Obedientes, me siguieron hasta la plaza donde se encontraba la efigie del general Santander. Los paseantes se quedaban boquiabiertos ante el espectáculo.

—Está loca —decían algunos.

—Fusilen a Santander —ordené a los granaderos.

—Obedezcan —dijo el comandante con cara de miedo.

—Primero disparen a la cara —...y se quedó sin nariz.

—Ahora los brazos —...y lo dejamos mocho.

—Luego las piernas —...y quedó cojo.

Cuando terminamos, Jonatán le prendió fuego al monumento y partimos siguiendo a los militares.

Esa noche brindamos con ron y tabaco, bailamos al son proveniente de la era:

*Mis maracas son totumas
y de codo no las quiero
Son tan buenas las bichitas
y del amor del maraquero.*

Presentí al indio Túpac a mi lado, bajó a visitarnos. Entre risas, por la borrachera y el cansancio, me quedé dormida en el corredor. Al día siguiente sólo recordaba el chasquido de los dedos de Jonatán entre el humo y el licor.

—¿Quién se cree usted que es? —dijo el general Córdoba, fúrico y colorado, al entrar en la mañana al comedor, cuando yo desayunaba tranquilamente unas arepas con suero.

—Yo soy Manuela Sáenz, ¿y usted quién es?, porque no tengo todavía el disgusto de conocerlo. Se apagó, y entre

todas las cosas que dijo, como regañando a una adolescente, amenazó con escribirle a Bolívar informándole lo acontecido.

Supe que lo hizo y no sé en qué tono, pero esta carta recibida días después me tranquilizó más.

*El yelo de mis años se reanima con tus bondades y gracias.
Tu amor da una vida que está expirando. Ya no puedo estar
sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela.
No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta
una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven,
ven luego.*

Tuyo del alma

Hoy me vuelvo a reír. Me arrepiento de haberlo hecho con la efigie, debí hacerlo con el propio Santander y que Dios me perdone.

¿QUIÉN ME LO
QUIERE MATAR?

SENTÍ MUCHO FRÍO, el aire del Pacífico en las tardes se hace helado y cortante algunas veces. Entré a la casa y sentada en la cocina bebí un café aguarapado, allí batían la jalea de guayaba y su aroma tranquilizaba mi espíritu. Este corazón ya no es el mismo, no me obedece y mi cabeza menos, anda toda turulata, se va con aquellos tiempos y con el que no se quiere morir.

Bolívar ya no llegó a Venezuela, tal y como me lo comunicó en su carta. Muchos de sus planes se alteraron y se vio obligado a tomar una decisión dolorosa. Se convirtió en dictador eliminando la vicepresidencia y Santander quedó fuera del gobierno.

Su salud no era buena. El ánimo de mi hombre fuerte era un recuerdo, parecía una sombra. Decepcionado ante la actitud de sus amigos y partidarios, temía por el futuro de la Gran Colombia.

—Mi ama —irrumpió Jonatán angustiada—. Véngase conmigo, tengo que enseñarle algo.

Salí intrigada siguiéndola hasta su habitación. Allí se encontraba un negro de complexión débil, cara amistosa y ojos vivarachos. —Tiene que ayudar al general, lo quieren matar —espetó en cuanto me reconoció.

—¿Qué estás diciendo, negro del carajo? —le pregunté sin saber con quién hablaba.

—Del carajo no, mi doña. Ya cumplí con su indio, le avisé. Ahora usted haga lo que quiera, pero negro del carajo no soy. ¡Hasta la vista negra! —dijo dirigiéndose a Jonatán y salió muy erguido.

—¡Niña!, ¿qué pasa? Ese es el negrito Andrés, quien trabaja para los del otro bando y por amistad conmigo y respeto al espíritu del indio Túpac me avisó.

—Lo siento, Jonatán, estoy mal, este vivir entre intrigas dentro de la paz es peor que la guerra. Creo que extraño la emoción de las batallas; allí en el campo se libraban éstas, cara a cara, frente a frente.

Después de la cena, un caldo caliente de pichón de paloma y jalea de guayaba con queso fresco, nos retiramos a caminar por los jardines. Le conté al general lo sucedido.

—No sabía que andabas con esos brujos. No creo en ellos. La suerte ya está echada y si me matan, seré uno más que muere por soñar. Se retiró a dormir como si nada lo perturbara. A la media noche merodeaban por la casa unos desconocidos, uno de ellos se acercó al portón pidiendo le abrieran, al verlo sospechoso, por el postigo, el guardia, quien estaba al pendiente, nos avisó.

—Mi ama, apague las velas del altar. Dígale al general que se ponga las botas y corra.

Así lo hice y salí para buscar conversación con el que se hacía pasar por un capitán.

—¿Qué se le ofrece? —pregunté mientras anudaba el cordón de mi bata.

—Con usted nada, tengo órdenes de hablar con el general.

Hice tiempo para que él escapara, preguntando tonteras: —¿usted solo, capitán? ¿Qué le quiere decir? Hasta que su nerviosismo lo delató y la furia se desbordó cayendo en gotas de sudor, sobre la frente, especialmente cuando le confesé que el general había salido a caballo, sin rumbo, momentos antes de que él llegara.

Me hizo a un lado con fuerza, caí sentada en una de las bancas del pasillo. Entraron sus acompañantes sin permiso

a la casa, registraron las habitaciones, yo los seguía con el corazón en la mano y vi la casaca de Bolívar en una silla, partió desabrigado.

Cuando se fueron, siguiendo las huellas del caballo que montaba uno de los sirvientes, como lo planeé con Jonatán, salimos a la carrera al matorral de atrás de la quinta. Silbaba como él me había enseñado para reconocernos en las distancias y las multitudes.

—Juro, una vez más, creer ciegamente en tus loqueras —dijo tiritando.

Lo arrojé con una manta y allí nos quedamos hasta el amanecer. Él dormitaba a mi lado, yo recordaba otros tiempos, en que el paisaje era parecido, el olor a tierra mojada nos envolvía y la cama era de hojarasca; desde allí, veía las nervaduras de las hojas gigantes de malanga silvestre y mi cobija era su cuerpo.

Como lo imaginé, Santander estaba implicado, ordenó el asalto. Lo condenaron a muerte y Bolívar cambió esta pena por el destierro.

—Malo, malo —dije cuando lo supe, golpeando la mesa y derramando el café recién servido—. Ahora sí es el fin, flaqueó nuestro Libertador. —Me paré y salí del comedor dejando a los invitados sin habla ante mi actitud.

Locuras amables, como solía llamarlas; todavía me gusta cometerlas. Ser loca es mi destino y moriré así, amablemente.

¿POR LA PAZ O
POR LA GUERRA?

TERMINABA OTRO AÑO. Lo acompañé a Purificación, su presencia era nuevamente necesaria en mi tierra. El Perú ocupaba a Guayaquil, donde se desencadenaron muchas tormentas.

Llovía sin parar desde hacía una semana, los ríos se desbordaron y arrastraban las siembras y las chozas de los habitantes, como la lucha por la independencia lo hacía con lo encontrado a su paso. Me abrigaba con un chal tejido por las molas de Gualaceo, pero no era suficiente, el frío era interior y no se calmaba con el café hirviente que bebía a sorbos a cada rato.

En la biblioteca de los amigos ecuatorianos, él caminaba de un lado a otro, se rascaba la frente deteniéndose de improviso para preguntarse —¿Qué sucede? ¡Qué situación tan incierta!—. Los únicos presentes, el amanuense y yo nos mirábamos sin saber qué contestar.

Lo interrumpí para recordarle sus deberes: —Creo que es prudente bajar, los invitados a la cena están en la sala y en los corredores hay gente del pueblo, todos quieren desearte un feliz año.

—Enseguida bajamos, pero la espalda me duele al menor movimiento y con esta maldita lluvia voy a tardar en recuperarme.

—Ven. Pasa a tu habitación y te sobo la espalda con linimento de alcanfor. —Mis manos resbalaron por la piel mustia de aquel esqueleto andante. Palpé sus huesos —doce pares de costillas— mencioné en voz baja y continué

aconsejándolo. —Luego podrás bañarte en agua de colonia como te gusta y con otra cara saludarás a los amigos.

Bajé y esperé al Libertador con los asistentes. Su salud era tan menguante como la luna que no aparecía. Sin embargo, hizo la figura, su don de gentes le inyectaba fuerzas y recibía los parabienes por el nuevo año.

Una larga mesa estaba dispuesta correctamente, como diría el negro Palacios. Sobre el mantel de malla blanca, la vajilla con pagodas azules, cubiertos de plata y copas de cristal para el brindis; todo en perfecto amotinamiento, debido al número de comensales, mayor al que cabía alrededor de la mesa. Los candelabros en medio sostenían velas de cera que vi llorando.

Alguien brindó por el fin de la guerra.

—Sí, por el fin de la guerra, aunque me lleve a la muerte —oí decir en voz baja a Bolívar al alzar su copa.

—Por la paz, aunque sea nuestro adiós —le dije al corresponder el brindis y me quedé observando la belleza de un gobelino que colgaba de la pared de enfrente y representaba a unas Amazonas luchando. Pensé: —¡qué lejos está la paz, a quien me entrego y dono este idilio!

Todo ese año fue de conflictos políticos, envidias y recados de chismosos. No había en quién confiar, brotaban traidores a la independencia por doquier, las ideas de gobierno florecían en la mente de los que otrora lucharon por no ser gobernados por España. La economía estaba atorada, pocos ingresos, cada vez el comercio más ahorcado por los países europeos. Las enfermedades y el hambre eran problemas sin solución. Los gobernantes encargados sólo pensaban en separarse de la Federación Andina y llenos de soberbia creían ser mejores unos que los otros.

El desaliento en Bolívar era visible. Sus fuerzas físicas se agotaban, la espiritual yo la sostenía.

Cuando dieron las doce campanadas, todos de pie, con su copa alzada para brindar por la Gran Colombia, él hizo a un lado la suya, como negándose a beber las amarguras que traería el nuevo año. Tomó la mía y bebió de ella.

Me abrazó fuertemente, y al oído, sólo para mí, pronunció estas palabras: —no me dejes—. Y para que todos escucharan, su voz resonó en el comedor: —¡Feliz año, Manuela!

Fue la última vez que oí ese deseo de su parte. Ahora años van y otros vienen y para mí es igual, sólo las campanadas de la iglesia tañen diferente, cada vez más quedo.

¿QUÉ MÁS
SE MUERE?

ME DICTABA CARTAS para el general O'Leary. Recién llegado a Bogotá, éste le informaba sobre la recuperación de Guayaquil para Colombia. El pueblo lo recibió nuevamente con entusiasmo. Para mí fue sentir la gloria al lado, su compañía era vida. Urdaneta, oficial obediente, había cuidado de que no se me molestara u ofendiera.

—Gracias —le dije en esa ocasión, por evitar provocar mis locuras.

En las calles rara vez veía señoras al pasar y en la quinta se reunía, para mi diversión, lo más granado del arte. Allí se sentían en su casa los pintores y escultores, de repente se colaba uno que otro poeta. Podían disponer de las habitaciones y en especial de la cocina; se acercaban al fogón y hacían elaborar sus recetas predilectas. Siempre he dicho que los hombres son excelentes cocineros. Conocen la medida exacta del sabor; en cambio nosotras, mientras más nos agrada alguno, más queremos. Abusamos del gusto.

—¿O es el gusto quien abusa de nosotras? —pregunto ahora en voz alta, claro, sin esperar respuesta.

Bolívar, detrás del escritorio lleno de cartas por contestar, estaba consciente del desorden en que se convertía la Gran Colombia, valoraba su don de mando y no menospreciaba la popularidad de los jefes encargados, quienes preferían separarse y no ser parte de una nación tan grande, aludiendo que solamente compartían miserias y no podían encontrar soluciones a sus problemas.

Deseaba retirarse. Una representación diplomática en Europa sería lo ideal, el clima benévolo y la vida intelectual lo atraían, tal vez cerca de Suiza, donde el frío de los Alpes curara su enfermedad pulmonar.

—Iré contigo —le propuse cuando lo oí expresar ese deseo, después de un ataque de tos que lo dejó sin respiración. Tomó mi mano con las pocas fuerzas del momento y no contestó a mi propuesta.

—Otro día hablamos de eso, es sólo un sueño, posible si se logra la paz.

Le acerqué una jofaina y arrojó algunas flemas con sangre. —Hay que consultar a un médico. Juegas demasiado con tu salud —le dije sermoneándolo.

Sus ojos sonrieron y se quedó dormido.

Al despertar me comentó un proyecto para nombrar como sucesor a Sucre para Colombia y no le desagradaba la idea de Páez en Venezuela, ya que no pensaba aceptar la presidencia de la república.

Una idea se gestaba a sus espaldas entre la nueva oligarquía granadina. El proyecto de monarquía en Colombia. Cuando se enteró salió la energía del fondo de su ser y se opuso. Temblaron los que lo acompañaban al oírlo enojado. Fue casualmente, al pasar por el patio de las tunas, donde algunos oficiales practicaban la riña con garrote, uno de los garroteros dijo: —pido descanso, se acerca el rey.

Se devolvió de inmediato, tomó a Eduardo Sanoja por la pechera de la camisa y le ordenó que hablara claro.

—Es lo que dicen por ahí, mi general, que vamos a tener rey de nuevo.

—Están locos, ni un paso atrás daremos. Dame un garrote y defiéndete. Eso sí, no se vale echar tierra ni escupir.

El larense retrocedió negándose a pelear.

—No mi general, la pelea que se gana es la que se evita. Usted gana, yo me retiro para que averigüe más sobre lo que le conté. Lo quieren hacer rey. ¡Ojo pelao!

Yo todavía recuerdo al héroe convertido en niño, que vino a mis brazos y lamentó entre ellos la muerte de un sueño.

—Se acaba mi Gran Colombia —repetía tristemente.

¿QUIÉN MÁS
ME VIO?

RENUNCIÓ A LA PRESIDENCIA de Colombia. Se empeñó en ir a Venezuela; ni la situación política ni su salud estaban como para hacerla, aun así nada le hizo cambiar esta decisión.

En mis fumadas el indio me advertía sobre el peligro que corría, las traiciones y los sinsabores del camino; sin embargo, el general, terco, estaba acabándose y no le importaban esos consejos. Más delgado cada día y con problemas digestivos que no le permitían alimentarse bien.

Fernanda Barriga, la cocinera, se incorporó al acompañamiento oficial. Se lo encargué, como a un hijo enfermo.

—Cúidalo mucho. Yo no lo puedo seguir, va a su tierra y allí yo no tengo cabida entre sus familiares.

Nuestro adiós fue cortante, como el de un general con su teniente. Eso me enardecíó.

—Volveré pronto, espérame en Bogotá —me dijo desde el caballo. Entonces un reclamo salió de lo más profundo de mi corazón y lo hice bajar.

—No, así no te vas, ¡dime cuánto me amas!

Resignado bajó y con todas sus fuerzas, enfrente de la tropa, me besó y repitió a viva voz: —¡Te amo! Siempre te amaré, aun después de muerto.

Tenía razón al decirlo, aquel hombre que se despedía, nuestro Libertador, iba muerto y aún me amaba.

A los pocos días me escribió una carta desde Guadas. La sé de memoria y la guardo en las ranuras del marco del espejo de mi habitación. Me gusta acariciar el papel ya amarillento y

roturas en los dobleces, sentir entre los rasgos de la escritura su presencia y oler los residuos de agua de colonia que hayan podido atrapar sus líneas. Fue la última carta que recibí, su preocupación en ella por mi juicio es visible y la palabra “siempre” adorna su amor.

La casa se convirtió nuevamente en un lleva y trae de noticias, en general nada buenas. La última que yo le comuniqué fue la muerte a traición de un querido amigo. Sucre fue asesinado en la selva de Berruecos.

Desde Barranquilla, la esposa de un pintor conocido me escribió impresionada. Contaba que habían visto a Bolívar al pasar por las calles, iba rumbo a Santa Marta muy enfermo. Su aviso tardó mucho en llegar, lo recibí después de otras noticias más tristes.

—¡Ah, qué buena vaina fue esa! Lo presentí desde el amanecer.

Las aves en la pajarera revoloteaban inquietas. En la jaula de carrizos, donde se encontraba un águila, ésta rompió la tapa del techo, quebró sus alas al salir, las garras se le abrieron, torció los ojos y cayó muerta.

—¡Ave María purísima! —exclamó el mozo al verla y salió corriendo a avisarnos.

Hubo un momento de silencio sepulcral en toda la casa, después los pájaros comenzaron de nuevo a cantar, poco a poco, incorporándose a la vida, hasta lograr un canto de ascensión para iluminar el día que estaba apagado.

Fue terrible cuando me enteré. Las mujeres de la guerra siempre estamos esperando ese día, en el que nos avisan que ya no veremos más a nuestro hombre. Yo creí estar preparada, creí haberme despedido de él, creí ser más fuerte que otras a quienes me tocó ver gemir, gritar desesperadas o reclamarle a Nuestra Señora de la Paz por su tardanza en socorrerlas.

¡Mentiras! También yo estoy hecha de polvo y el fuerte soplido del viento me desmoronaba.

Fernanda me lo contó. El Libertador ya no podía seguir viajando. La fiebre alta lo consumía. Su estómago rechazaba el alimento. En Santa Marta se sintió tan mal que un noble español le permitió pernoctar en su quinta, allí estuvieron unas semanas hasta el día de su muerte.

Ella vio desde la puerta lo que yo viví adormecida por el humo de los cigarros. El cuerpo del general yacía inmóvil, de repente todos sintieron en la habitación un fuerte olor a tabaco y una sombra se acercó al enfermo, éste levantó un brazo y su mano hizo un leve movimiento.

—Para acariciar mi rostro—le dije a Fernanda, continuando el relato de lo sucedido, que ella creía ser la única en saber.

Sí, continué recordando, acarició estas mejillas, luego la mano resbaló por la hendidura de mi pecho y cayó a un lado de su cuerpo. Los labios se abrieron, sólo yo escuché aquel ¡hasta siempre!... Y lo sigo oyendo de una voz asidua, cada día más audible y cercana.

¿QUÉ MÁS SE
PUEDE ESPERAR?

BOLÍVAR HABÍA MUERTO en Santa Marta. Los colombianos me vieron de reojo y solicitaron, gentilmente, que desocupara el país. El general Urdaneta se sentía responsable de mi seguridad, o tal vez tenía miedo a mis arrebatos, por lo que prometió una escolta para llevarme a la frontera con Ecuador.

—¿Qué más se puede esperar? —me pregunté y decidí empacar y emprender el viaje de regreso a mi tierra natal.

Recogíamos las pertenencias y nos disponíamos a desocupar la quinta, cuando vino a saludarme la mujer de un amanuense, se creía docta porque el marido sabía leer y escribir y se encargó de hacerme conocer el contenido del testamento del Libertador.

—No se acordó de usted, ¿ya lo supo doña Manuela? —preguntó la infeliz.

—¿Con qué fuerzas lo hizo si llegó a Santa Marta muerto? —le contesté—. Él no pudo hacer tantas declaraciones, para mí su testamento es el manifiesto que nos dejó a todos, por él viviré y lucharé el resto de mi vida y si puedo después de muerta —agregué ignorando el alcance de aquellas palabras y repetí lo que recordaba:

Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno, para libertarse de la anarquía, los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad y la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

Como ella fueron varios los que se alegraron y también los que se equivocaron. La verdad es que ahora pienso que firmó lo que le pusieron por delante en nombre de Dios Todopoderoso. En cuanto a aquella vieja intrigante y otros que como ella siguen pensando, nunca entenderían que mi herencia es ésta, la inmortalidad, el siempre sentirme amada. Qué triste hubiera sido ver mi nombre en ese testamento, al lado de José Palacios, el fiel mayordomo, el que nunca me vio con buenos ojos y a quien, atinadamente, dejaron una remuneración por sus constantes servicios. A los demás ¿qué les dejaba Bolívar? Si ya no existía nada.

¿FUE NIÑO
COMO NOSOTROS?

LOS PERROS LADRABAN ALBOROTADOS. Alguien se acercaba a la puerta.

—Jonatán, asómate y ve quién es.

—Es la doñita Isabel, la mujer del intendente.

—Ábrele, hazla pasar, no ves que ya no puede caminar con esa barriga. ¿Qué se le ofrecerá?

A Isabel la conocí al dejar de ser niña. Soledad, su madre, había sido criada en la casa de Guayaquil y gozaba de libertad de vientre; cada año durante las fiestas pedía permiso para visitar a la familia, ya era sabido que regresaría preñada. Una vez me acompañó a recibir la ceniza, le pregunté la razón de su cruz tan grande y respondió haberla pedido así para que se le perdonaran sus pecados y Dios no la castigara dejándola sin un embarazo ese año.

—Eso no sería castigo —le dije mientras caminábamos—, son situaciones que dependen de otras cosas. No te dejes cargar con culpas ajenas —la aconsejé al acariciarle su mano en señal de comprensión.

—Sí, pero el hombre no lo entiende así, me pegaría creyendo que soy una mujer maldita y mis hermanos se sentirían humillados —contestó Soledad convencida, muy a mi pesar.

De nuevo no avisó cuándo iba a dar a luz, se perdió en el monte y al día siguiente regresó a la casa con un niño envuelto en hojas de plátano. Allí lo cuidaría unos meses; después lo dejaba con su madre, una anciana rodeada de nietos y nueras, que se sostenían tejiendo sombreros con una palma llamada

panamá, los traían a vender al mercado los viernes y de paso visitaban a Soledad para darle razón de la familia. Un domingo, ella los fue a ver y ya no regresó, la madre enfermó y tenía que hacerse cargo de sus hijos.

Al poco tiempo bajó de la sierra, la noté débil, su respiración forzada y el aliento indicaban que masticaba hojas de coca para sacar fuerza. Descendía de los pocos indígenas que quedaban alrededor, ojos oscuros de mirar inquieto, pómulos salientes cubiertos de piel aceitunada. Acostumbrada a las inclemencias del clima y al trabajo duro, no olvidaba, aun en medio del agotamiento, la amabilidad innata que siempre la distinguía, era una fiel custodia de las tradiciones de su pueblo, respetaba el modo de vestir, las costumbres heredadas y honraba a sus dioses. Cuando la vi me transmitió su preocupación.

—Le traigo a Isabel, acaba de sangrar por primera vez y quiero salvarla del acoso de los borrachines del caserío cercano, usted sólo tiene que darle techo y comida por su trabajo.

—De acuerdo Soledad, igual hice con Rosa, mi ahijada, además tú ya sabes que para todos alcanza. ¿Qué dice su padre?

—Hace mucho que se fue con otra —contestó, conforme con su suerte—. ¿Se acuerda cuando una vez le dije que el cielo no era para nosotros los indios?

Recordé entonces su razón para decirlo. Me disgustaba ver a los indígenas de mi tierra arrodillarse ante los curas y autoridades para besarles la mano, muchas veces ella intentó hacerla conmigo mas no se lo permití.

—No tienes que besarle la mano a todos los padres y a cada rato —le dije al caminar hacia la plaza mayor cuando me acompañó en una diligencia.

—Doña Manuela, el catecismo manda que así se haga. Yo no quiero irme al infierno.

—Dime, Soledad, si les besas las manos, ¿te vas al cielo?

—No. El cielo no se hizo para los indios, pero para usted sí. Mírese, tiene cara de ángel.

En esa ocasión la memoria me llevó con mi querida Francisca, la manumisa de la familia de mi padre en Panamá y su reproche al salirme una vez con prisa de la iglesia, porque les había amarrado las trenzas a unas niñas cuyas cabezas tuve enfrente al rezar de rodillas.

—Manuela, no hagas mal, que hacer bien no es necesario —me aconsejó para siempre.

—Las travesuras no son maldades, sólo nos hacen sentir la vida. En cuanto a hacer el bien, creo que tengo el cielo ganado.

Isabel aprendió rápidamente, ayudaba en el ventorrillo a vender cigarros y dulces. Allí conoció al intendente. Hice que se casaran como Dios manda, para evitar que el pretense se largara después de satisfecho, como hacen muchos, olvidando las consecuencias de la diversión en común. Mas se notaba que ese par vivía el gozo sacramental con plenitud, ya tenían cuatro hijos y seguramente venía a ofrecerme el que estaba en camino, el bueno de la camada, el quinto.

—Doña Manuela, le traje esta yuca para un hervido —me dijo al saludarme.

—Gracias, Isabel, ayer vi a tu hermana en la desembocadura y me regaló el pescado. ¿Qué se te ofrece?

—Ya lo adivina usted por mi estado, deseamos que sea la madrina.

—Con mucho gusto, pero eso sí, acuérdate, si es niño se llamará Simón y si es niña Simona —le propuse, como siempre hacía con todos los que me escogían para ser su comadre.

Se despidió Isabel y Jonatán la acompañó hasta la puerta, hablando sola, decía que Paita era el pueblo de los Simones. Casi todas las familias deseaban que les bautizara a sus hijos y aceptaban la condición.

Me sentí aturdida con tanta remembranza, miré mi viejo cuerpo, con la piel colgando y ya libre de sangrados. Con las manos froté mis brazos y suspirando acepté la añoranza de ser madre, de ver mi vientre abultado y lleno de estrías, el seno hinchado almacenando calostros y de sentir el máximo dolor, parecido a la rotura en dos partes de la pelvis, para dar salida a una criatura, y el gran olvido, de todo el sufrimiento al expulsar la placenta y tener al niño entre los brazos. Me imaginé abrazándolo con temor a que se rompiera y arrullándolo con un “duérmete mi niño que tengo que hacer, lavar los pañales y sentarme a coser” como hicieron con su padre.

Salí a caminar un rato, deseaba sentir la brisa del mar sacudiendo mi rostro. Me senté cerca de las rocas a fumar un tabaco y alejé del pensamiento la vida que nunca me pertenecería y a la coneja de Soledad quien tranquilamente decía: “Parir es fácil, es como hacer pupú. Tiene que salir el muchacho”. Los perros se habían venido y algunos niños se acercaron.

—Bruja —me dijo uno, a quien Simón el ahijado le calló la boca de un puñetazo.

—Madrina, cuéntenos del Libertador, ¿fue niño como nosotros? —preguntaron y me pusieron a pensar los carajitos para contestarles.

—Yo lo conocí grande; sin embargo, también fue niño —les respondí. En repetidas ocasiones me habló del ingenio de San Mateo en Venezuela, el cual le traía bonitos recuerdos de su niñez, a pesar de haber perdido a sus padres. Había prometido llevarme con él tan pronto la guerra finalizara. Me

invitaría a beber agua del tinajero, fresca, como los helechos colgantes de la armazón de madera que lo sostenía y a correr entre los cañaverales y las palmas, allí nos detendríamos a pelar una caña con los dientes y chupar su jugo. Ambos esperábamos esa fecha, mas creo que nunca lo deseamos con intensidad, él sabía que la guerra iba a durar mucho tiempo y yo que la estabilidad no era para nosotros quienes amábamos la zozobra.

—Ya váyanse, no sigan molestando, ustedes saben que no debo desordenar la memoria porque me enoja —les dije azuzando a los perros.

Seguí caminando con mis recuerdos a un lado y el saco de promesas olvidadas revuelto.

¿CUÁNDO REGRESA
EL VIEJITO?

—LLEGÓ EL VIEJITO —gritaban los niños del vecindario en gran algarabía.

Unos corrían a dar aviso de su visita y otros lo acompañaban hasta el zaguán, él sacaba de la bolsa de su pantalón un pañuelo donde guardaba anillos, pulseras y gurrufíos —así llamaba a unos círculos de concha o Carey con dos agujeros para atravesar un cordel con el que lo hacían girar—. En Amotape, donde había fundado una escuela-taller para los lugareños, revisaba sus escritos y fabricaba estos objetos en sus ratos de ocio para darlos de regalo a los chicos, quienes venían constantemente a preguntar:

—¿Cuándo regresa el viejito?

En otras ocasiones les traía papelón en miniatura, elaborados en conos de madera, en un trapiche cercano camino a Paita. Jonatán también lo esperaba con gusto, nunca se le olvidaban las hierbas para su té contra el dolor de cabeza.

Después de entregar sus obsequios envolvía los restantes en el pañuelo, con gran cuidado, como si también guardara en él la alegría y el candor de aquellos niños.

—*De los viejos, nada nuevo puede esperarse; de hombres, puede esperarse algo; de jóvenes, mucho; de niños todo. Quien los guíe, piden los niños* —repetía insistiéndome en su proyecto de abrir una escuela-taller en Paita.

Una vez más llegaba don Simón Rodríguez; en esa oportunidad con una botella de tinto del Convento de los Descalzos, de las que aún guardaba en su casa, una pierna de venado que compró a los cazadores del rumbo y las baratijas

por las que los vecinos lo esperaban cuando venía a casa. El apetito adormecido se me abrió al pensar en la exquisitez de nuestra cena esa noche. Algunas veces me cansaba de comer pescado. De su bolsillo sacó unos papeles, eran partituras de un tal Chopin que traía exaltados a los parisinos con su música.

París lo ilusionaba, para él era de las ciudades más bellas, viajero incansable lamentó muy adentro de su corazón haberse quedado en América; aquí comenzó a envejecer y se acostumbró de nuevo al continente y a sus carencias. Vivía de recuerdos que ahora compartía conmigo, la imaginación nos acompañaba y juntos caminamos muchas veces por los Campos Elíseos, fuimos a la isla de la Cité, allí visitábamos a Nuestra Señora y al pasear por la Plaza Vendôme, saboreábamos un chocolate caliente en el comedor de un hotel cercano, que exhibía un cartel anunciando el cacao de Chuao, una de las haciendas de su natal Venezuela.

—Me vine antes de ver terminado el Arco del Triunfo. Lo iniciaron por voluntad de Napoleón —decía quejándose de su suerte—. Seguramente estará escrito el nombre de Francisco de Miranda.

—¿Quién es ése? ¿El que llaman precursor de la independencia y luchó en la revolución francesa?

—El mismo, ya has aprendido.

—Es que no lo puedo olvidar, era medio conquistador. También anduvo con una reina de Rusia.

—Ay, Manuela, en lo que te fijas, en fin. Regresando a Chopin, su mujer me hace pensar en ti, se cambió de nombre a George Sand para escribir, viste pantalones como tú y ama al hombre del momento —diciendo esto ya no seguiríamos recordando la vida en París.

Comprensiva revisé las partituras.

—Tratemos de interpretar la música —le pedí, mostrando el piano que un día envió de regalo un edecán, en atención al robo que me hicieron de las cartas que yo guardaba del Libertador. Se las presté y nunca las devolvió. Era un instrumento fabricado en Alemania, ya no lucía sus candelabros de plata porque los tuve que vender. Una de las patas estaba rota, carcomida por la polilla y, como hacía tiempo que no lo tocaba, temía que el salitre hubiese dañado las cuerdas del interior.

Me vi las manos, a Bolívar le gustaba jugar con ellas, eran pequeñas, no alcanzaban la octava y no podía tocar los acordes indicados en la partitura por el compositor. Tenía razón mi único amado. Mis manos eran de poco alcance.

Interpretamos las mazurcas y nos envolvió de nuevo el entusiasmo por la lucha independentista, la que creo nunca terminará. Tenía tal fuerza la música del polaco que lograba transmitirla.

El vino nos hizo buena compañía y alegró esa noche como una entre pocas. Jonatán nos contemplaba con la indulgencia de quien ve a dos amigos jugar con el sonido, el sabor y sus efectos.

¿CUÁL
DULZURA?

—¡AH MUNDO DON SIMÓN! No me recuerde esos días —le pedí al anciano, ya cada vez más cansado.

—Son los que yo no puedo olvidar ni entender —continuó él. —¿Cómo es posible que hayan tratado a mi pupilo con tanta crueldad? La misma gente que lo recibió con aplausos lo despedía con insultos. Mientras más lo pienso, menos lo entiendo —decía cada vez que me visitaba en Paita.

—Pues yo sí lo comprendo y para ello le repito el dicho de la mal hablada de Jonatán: “El que se come el huevo no sabe lo que pasó por el culo de la gallina” —dije riendo de la cara de asombro del respetado maestro.

—¡Manuelita!, si te oyera el hijo de Cayetano Carreño, mi hermanastro, diría que su libro es más que necesario.

El último correo le trajo noticias de su sobrino Manuel Antonio, quien fungía como ministro del gabinete presidencial en Venezuela y deseaba renunciar para residir en París y ocuparse de la educación musical de su pequeña hija Teresita. Persona muy culta y educada, quería él también ayudar a su país a salir del caos en que se encontraba, después de la guerra de independencia, ordenando el comportamiento de sus ciudadanos con un *Manual de urbanidad y buenas costumbres*.

Le envió una copia manuscrita al tío pidiéndole su opinión y éste me prometió traerla consigo una tarde para analizar sus consejos, en especial los referentes a la mujer. Todavía recuerdo algo de lo que leímos aunque todo dirigido al comportamiento entre caballeros y señoras.

El día se estaba perdiendo en el horizonte. Sentados en la puerta de la casa, para distraernos con los paseantes, quienes se detenían a saludar y a responder nuestros —¿cómo le va?—, disfrutábamos el aire fresco de la tarde.

—Su sobrino está mal, don Simón —le aseguré cuando leíamos—, el autor de ese libro no conoce lo sabroso que es un vaso de chicha andina, a las cinco de la tarde, cuando se espera al crepúsculo y descubrimos unas pinceladas naranjas en el cielo.

—¿Qué dices, Manuela?, por favor y ¡qué modales! —replicó en voz alta el tío—. No obstante tienes razón, hay que beber más y de la bien fermentada. Nuestros indios sabían embriagarse como los dioses, con maíz —afirmó con voz alegre.

—Cierto. Con seguridad su pariente se moriría al ver mi comportamiento, y yo me reiría del suyo, sobre todo si es una tarde calurosa como ésta, en la que bebimos chicha hasta sentirnos lejos de la pachamama —le comenté también muy contenta.

—Sí, tienes razón.

—“La mujer, por su parte, respira en todos sus actos aquella dulzura, aquella prudencia, aquella exquisita sensibilidad de que la naturaleza ha dotado a su sexo” —leí burlona y en voz alta—.

—Así es.

—¿Cuál dulzura? Aún recuerdo los versos de un Cantar de la Biblia de Thorne y la verdad esos me gustan más: “Miel destilan tus labios, miel y leche hay debajo de tu lengua”.

—Este...

—Espéreme, don Simón, todavía no acabo, déjeme preguntarle ¿cuál dulzura?, si abusando de esta virtud mi padre hizo creer a Joaquina Aizpuru en el amor que

le ofrecía. Nadie se compadeció de ella ni de la niña que nació por “su imprudencia” y en cuanto a aquella exquisita sensibilidad, déle usted un repaso a la última parte del *Emilio*, de su admirado Rousseau, como yo lo hice y se va a caer “pa’trás” al leer todo lo que recomienda para educar a las niñas “a la Sofía”, yo digo que pretende domesticarlas como yo hago con los animalitos del monte. Me quedé sin aliento.

—Estás embrojada Manuela, podrás tener razón, pero... irte hasta el Antiguo Testamento es un desatino —dijo el viejito limpiando sus anteojos, un poco nervioso.

—Caray, ese sobrino suyo quiere venir a decirnos cómo conducirse en sociedad, pero olvida usted que, según él, soy una señora de menos respetabilidad que otras.

Entonces leyó con su voz entrecortada, suplicándome lo escuchara: —Manuela, “las reglas de la urbanidad no se encuentran ni pueden encontrarse en los códigos de las naciones; y sin embargo, no podría conservarse ninguna sociedad en que estas reglas fuesen absolutamente desconocidas”.

Reímos mientras le sugerí con picardía: —Tal vez sea verdad, sin embargo, mejor seguimos hablando de las cualidades del maíz, y dígale a Manuel Antonio que le pase el manual al bruto del general Páez.

Esa noche nos quedamos en las hamacas del corredor, allí refrescamos con la brisa de la noche el sopor y amanecemos con la culpa taladrándonos la cabeza.

Añoro esas tardes en que el anciano se acercaba a Paita.

Conocedor de féminas, me hacía sentir una gran dama y adivinó que en el fondo yo trataba de hacerlo saber, que también era una señora, podía pintar, tocar el piano, lo aprendí en el convento, bordar, coser, cocinar y como aconsejaba el Manual, me enseñaron a ser una mujer dulce, era capaz de hablar en voz baja y propiamente, cuando me daba la gana.

Ya no hay caballeros a mi lado, pienso, acompañándome de un bostezo libre, sin tapar la boca con las manos y rasco y estiro los brazos mientras me asoleo desnuda en el patio, olvidando el recato y el pudor. Sólo tengo a mis perros: Páez, La Mar y Santander.

¿QUIÉN TOCA
LA PUERTA?

ALGUIEN ESTABA AFUERA esperando que le abrieran. Mi oído se ha agudizado y puedo escuchar desde lejos hasta el menor susurro. Me encontraba en el corral con mis perros cuando se presentó el general O’Leary a visitarme.

—¡Ah carajera, general! ¿Qué milagro es éste, el de ver gente de ayer en el suelo que pisa la vieja de hoy?

—Manuela, por favor, ¿cuál milagro? Siempre será un placer verla y saludarla —contestó zalamero.

—Umm... al grano general, ¿qué lo trajo a esta casa?

—Unas cartas —dijo sonriendo al mirarme.

Había comenzado la labor de copiar escritos del Libertador y de la gente relacionada con él. Sabía que en la mudanza traída desde Bogotá había muchos documentos. Lo llevé al gallinero, allí estaban dos baúles forrados en cuero, con las iniciales SB repujadas, todos cagados por las gallinas que además ponían sus huevos donde se les antojaba. Le pedí a Jonatán que los limpiara y los trajera al patio.

Allí se los presté para que revisara el contenido. Sólo le prohibí abrir la alforja del amigo Sucre.

—Esa no la toque general, hay que respetar a los muertos. Cuando lo encontraron estaba cerca de su cuerpo y me la entregaron para dársela a Bolívar. Nunca lo pude hacer; tampoco la he abierto.

O’Leary se fue contento, le encantaron las cartas que encontró y prometió devolverlas. Igual que otros, nunca devolvería lo prestado.

Era noche de luna llena, no podía dormir, la luz se colaba por una ventana al lado de los escalones. Vi la alforja sobre la mesa de mi habitación y la abrí, leí unos papeles de contenido poco importante. Rompí el sello lacrado de una comunicación oficial dirigida a Bolívar. ¡Ay, qué sorpresa! Bolivia lo nombraba su embajador ante la Santa Sede. Sentí como si nuestra hija se interpusiera al amor de quien la creó.

—¿Cómo quedaba yo? La única, la amada, la amable loca, ¿sería abandonada?

Me acerqué a la ventana para leer mejor, con más claridad. No vi el escalón y resbalé; mientras rodaba, retumbaron en mis oídos los juicios de Manuel Antonio Carreño sobre las señoras respetables. No sé cuál dolor era más intenso, si el de los huesos rotos o el del alma resquebrajada.

—Jonatán —grité. Vino en mi auxilio de inmediato. Trajeron a un curandero y dijo que no podría caminar por mucho tiempo. Allí quedé adormecida por un té de raíces y untada con linimento de hierbas, esperando a la muerte.

Mi cadera se rompió y mi cuerpo mostraba moretones en las piernas y en los brazos. Tuve que guardar reposo en cama durante muchos meses y jamás pude volver a caminar bien, renqueaba y con la ayuda de mi bastón logré moverme con el tiempo. Fueron aquellos días de tortura en los que yo me preguntaba y contestaba a la vez.

—¿Ya lo sabría cuando le propuse acompañarlo a Europa y no me contestó?

—Sí, por eso se quedó callado.

—¿Me llevaría con él?

—No, la Santa Sede nunca lo aprobaría.

¿Por qué abrí aquella alforja? Era como destapar la caja de Pandora, se desataron inquietudes y se perturbó mi amor, al esperar una carta que me consolara, la cual nunca llegaría. Le

pedí a Jonatán que consultara la ceniza, deseaba saber cuáles eran los planes de mi general. Lo intentó varias veces sin suerte, hasta darse por vencida una noche.

—Mi poder no llega hasta el pensamiento de los muertos, ellos me ayudan a conocer lo que piensan los vivos —confesó.

Le supliqué. Trata una vez más, negra.

—¡Bacirruque, mi ama! Tu indio no puede decir más, usted sabe que los espíritus se respetan entre sí —añadió escupiéndole en el suelo unas flemas amarillentas.

El tabaco se apagaba como la vida cuando se va extinguiendo. Entonces lloró y sus lágrimas eran extracto de hojas olorosas resbalando por aquel rostro oscuro, lloró mucho. Nunca la había visto hacerlo.

—¿Vendrá algún día por mí? —me gusta preguntarle a Jonatán.

—Sí, estoy segura. ¿No oye? Están tocando la puerta —contesta con tanta seguridad, que yo sigo esperando un fuerte toque de nudillos sobre el portón de madera apolillada, que me separa del mar.

¿HACIA
DÓNDE VOY?

NO PODÍA CONCILIAR EL SUEÑO, confundía los sonidos de la noche. Los perros no cesaban de ladrar. Jonatán me acercó a la orilla del mar.

Hundí los pies con desgano. Pensé: —ellos todavía conservan su belleza— y el rumor de las olas trajo con la marea este verso de un cantar otras veces escuchado: “¡Qué hermosos son tus pies!”. Mi cuerpo descansaba sobre la playa, la espuma del mar en su venir y regresar acariciaba mis piernas, las manos cerradas en un puño se aferraron a la arena, ésta se desvanecía entre los dedos cuando las olas se iban. El camisón estaba húmedo y desabotonado, se adhirió a mi piel y no pude evitar ver mi pecho, caído como el ánimo; levanté uno de los senos y lo solté repentinamente. Brotó de mi interior una risa vibrante como la que acompañaba a mis travesuras. Resonó en mis oídos el cantar de un llanero, que una vez hizo reír con picardía a su general.

*—el que se muere y no goza
los pechos de una morena
se va para el otro mundo
sin saber qué cosa es buena.*

—Loca, amable loca, estoy listo para morir —dijo con una mueca que intentaba ser sonrisa. Ya estaba despidiéndose y no lo presentí.

La noche era inquietadora, las palmeras se saludaban al doblarse por la fuerza del viento y el rugido del oleaje era

dominante y me invitaba a ser suya. Con la cabeza apoyada en el lomo de La Mar, mientras los otros perros merodeaban en busca de comida, contemplé el cielo. Era cuarto creciente, el océano lucía intranquilo, la luna lo excitaba. Las estrellas se reían conmigo.

—No te asustes de tus años, nosotras somos ancianas y todavía brillamos. Ven, ven... susurraron en mi oído.

Entonces perseguí su reflejo, cuando las sentí cerca, las olas me envolvieron; ya no pude respirar, el aire desapareció. Mi corazón dejó de latir. Experimenté la felicidad. El desprendimiento de la gente de Paita, de Jonatán, de los perros.

A cambio de un aroma, un campo lleno de flores había tomado el matiz del sol, se diluía en el agua azul. Cirios encendidos iluminaban el vaivén solitario y acompasado del oleaje nocturno. Un viaje sin rumbo comenzó, en el que no importaba a dónde iba sino a quien encontraría.

*Al agua verde he de volver un día
Al agua verde con los pies desnudos...**

* Genaro Estrada, "Retorno al mar".

¡Mi amor! Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío: mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.

Soy siempre tu más fiel amante

LA DAMA DE LOS PERROS de María Eugenia
Leefmans, se terminó de editar en
septiembre de 2019. El cuidado de la
edición estuvo a cargo de la Dirección de
Publicaciones Universitarias de la UAEM.

Editor responsable:

JORGE E. ROBLES ALVAREZ

LA DAMA DE LOS PERROS

La dama de los perros es una palpitante novela que describe a Manuela Sáenz, la mujer apasionada, enigmática y resuelta, cuya gran personalidad sedujo al Libertador de América, Simón Bolívar, al grado de convertirse en su confidente, en su amante y en su guía. La historia se centra en sus últimos años y, simultáneamente, los más importantes acontecimientos íntimos y políticos de una de las mujeres más importantes en Latinoamérica del siglo XIX.

María Eugenia Leefmans ha obtenido los premios Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, Nacional de Novela para Escritoras Nellie Campobello, Internacional de la Literatura Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz (2011), así como la Presea Estado de México de Artes y Letras Sor Juana Inés de la Cruz.

SDC

AUTONOMÍA
UAEM
75°
ANIVERSARIO